

YORBIS MÁRQUEZ

PESCADOR DE
POESÍAS





El Pescador de Poesías

Yorbis Márquez
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2020.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9781797420509

Diseño de la Portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo por lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podría ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 *eiusdem*, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

El Pescador de Poesías

YORBIS MÁRQUEZ

Había sido un año de esos en que los elementos parecieran cooperar entre sí y a favor del hombre; gracias a esto y al trabajo de su gente el pueblo Wayuu estaba ante una de las cosechas más prósperas hasta ese momento, tal como lo afirmaría el patriarca Wasashi días después. Los rebaños de chivos también habían aumentado en número de manera considerable como producto de los tiernos y profusos pastos; esta abundancia de alimento hacía que todos estuvieran felices y agradecidos con Ma'leiwa (su deidad), por la fecundidad concedida a sus campos por aquellos días.

Esa mañana y antes que el sol diera los primeros indicios de su aparición en el noreste, un suave y cándido llanto despertó al patriarca Wasashi Sawaa-naje'ewai; aquel líder wayuu jamás imaginó que el lloro de alguien pudiera ser motivo de tan amena felicidad. Shiakashí era el nombre de la mujer que estaba a punto de hacerle conocer lo que se siente ser padre por primera vez. Y fue en aquella hora de aquel día cuando ocurrió.

La partera —una mujer con unos dones que le permitían cargar con la responsabilidad de asistir todos los alumbramientos de la comunidad— salió sudorosa apartando la estera de junco que servía de puerta a la choza construida con madera, arcilla y techo de palma, en donde la parturienta había dormido las últimas cuatro semanas, e informó que todo estaba

en orden; palabras que le produjeron un amasijo de emociones a los parientes que aguardaban a la espera, en especial a Wasashi, quien durante nueve meses y en silencio había soñado con aquel momento: día en el que su futuro sucesor viniera a este mundo. Su mayor anhelo era tener un hijo varón que llegado el momento pudiera colaborar con la responsabilidad que implica guiar a un pueblo. Wasashi también había imaginado ver a su primogénito crecer a su lado, aprendiendo todo lo que un buen líder debe saber para poder ayudar a resolver cualquier acaecimiento inusitado que pudiera presentársele a alguno de sus hermanos de casta.

Inundado de felicidad el hombre irrumpió de manera fortuita en la choza antes que la partera lo indicase. Allí estaba su mujer con la criatura en sus brazos. Él no dijo nada, sólo le agradeció con un gesto, colocó la mano izquierda sobre su frente y preguntó: —¿Toolo, jiet? (¿Hombre o mujer?)—

—jiet (¡Mujer!) —respondió ella. Un sentimiento de nostalgia pareció embargar el recio corazón de aquel hombre; la respuesta no era la que él estuvo esperando todo ese tiempo. Después de un momento y con un poco de añoranza en sus ojos, Wasashi viendo hacia arriba dijo:

«Esta es tu voluntad y la acepto con agrado», al momento que sonrió para luego tomar a la pequeña en sus brazos y orgulloso mostrársela a quienes lo

acompañaban. Ese mismo día se había acordado comenzar a recolectar parte de la prospera cosecha, de modo que la pequeña llevó por nombre Jousü, que en su lengua significa prosperidad.

Al día siguiente el patriarca ofreció una comelona con motivo del nacimiento de su primogénita. Y mientras los hombres celebraban tomando chirinche (bebida espirituosa autóctona), las mujeres preparaban un banquete de chivo asado. El piache, que era el líder espiritual de la comunidad también asistió para conocer a pequeña Jousü y pedir a sus ancestros que la asistieran con su sabiduría a lo largo de su vida para que siempre fuera una luz que pudiera iluminar el camino de su gente.

Los siguientes días serían de trabajo duro desde el alba hasta el ocaso, pero la familia era unida y todo se hacía en conjunto y esfuerzo colectivo, lo que facilitaba las tareas. Aunque en esa oportunidad únicamente siete de los ocho hermanos estaban realizando el trabajo, ya que el hermano mayor que era Wasashi, sólo asistía por momentos, y cuando lo hacía no tardaba mucho en pedir disculpas y marcharse a casa de nuevo. Después volvía con algo de beber o algunos dátiles, lo repartía a sus hermanos y emprendía el camino de vuelta; los otros reían al verlo ir y venir a cada rato; conocían a Wasashi y sabían que no lo hacía por temor al trabajo, y en vez de

criticar su comportamiento, le brindaban su apoyo, afirmando que era normal que un hombre sintiera esa necesidad inexplicable y casi irresistible de estar al lado de la criatura y de su madre, por lo menos tres o cuatro meses posteriores al nacimiento.

Al final de la cosecha, Wasashi observó que era tanta la abundancia de alimento, que sin problema alguno podían intentar compartir o intercambiar rubros con los pobladores Añuu (sus vecinos más cercanos). No entendía por qué, pero después del nacimiento de su hija, muchas cosas en su interior habían cambiado; siempre había sido un hombre poco sociable, pero ahora sentía que tenía mucho dentro de sí para dar a conocer, como si quisiera repartir la alegría que rebosaba de su corazón.

Distintos puntos de vista y la falta de dialogo habían hecho que aquellos pueblos hermanos (wayuu y añuu) rompieran relaciones en el pasado y todo había comenzado por diferencias culturales. Para evitar confrontaciones, sus líderes de entonces pactaron alejarse en sentidos opuestos; pero a pesar de eso Wasashi estaba convencido de que volver a estrechar lazos entre ambas culturas sería vital para subsistir en tiempos futuros. De manera que decidió hacer algo al respecto: en la mañana muy temprano reunió a sus hermanos y les contó de su visión, y habiéndose puesto de acuerdo los ocho, les pidió que

antes de poner en marcha lo acordado, cada cual lo compartiera con su respectiva esposa.

Al siguiente día volvieron a reunirse y dejando en armonía sus hogares, los hermanos liderados por Wasashi, emprendieron la aventura rumbo a la laguna de Sinamaica (hogar de los Añuu). Habían emprendido el viaje antes de nacer el sol, y antes que ese mismo sol terminara su jornada por aquel día, hacia el sureste comenzaron a verse las siluetas en retorno de los viajeros.

—¿Jamayan? ¿Cómo les ha ido?—preguntó una de las matriarcas que aguardaban a su llegada.

—¡Anashii! (¡Bien!)— respondió Wasashi.

Después otro explicó que los añuu al igual que ellos, contaban con un grupo de líderes, conformado por los hombres más sabios, en donde la edad determinaba el grado de autoridad, siendo los más viejos quienes se investían con el grado más alto, y por supuesto eran estos longevos quienes tomaban las decisiones en ese lugar. Otro de ellos afirmó que los Añuu parecían ser hombres alegres y despreocupados; habían recibido de manera afable todo lo que les habían llevado y a cambio les ofrecieron una gran cantidad de pescado salado y una variedad de frutas provenientes de árboles que parecían flotar sobre el agua. Un tercero confesó que había agregado una docena de nuevos chistes a su repertorio, esto gracias a

la conversa que tuvo con un jocoso paraujano.

—Ya hemos dado el primer paso, pequeño, pero firme —comentó Wasashi.

Esa noche algunos de los vecinos que habían oído sobre lo llevado a cabo por Wasashi y sus hermanos, vinieron hasta su hogar para indagar sobre los hechos. El patriarca les contó la forma cordial en la que los habían tratado los pobladores Añuu, pero a pesar de ello algunos permanecían reacios ante la posibilidad de estrechar relaciones con el pueblo de los pescadores nuevamente. Uno de los que más se oponía era el joven Naco, quien era de otra casta, pero hijo de un amigo cercano a Wasashi.

Al finalizar la reunión y luego que el patriarca explicara los beneficios que podrían obtener a cambio, la mayoría de los presentes estuvieron de acuerdo en que podían abrir una línea de comercio hacia la laguna de Sinamaica, y así se hizo; cada cierto tiempo, algunos hombres y mujeres emprendían el camino con sus burros cargados de mercancía, entre los que destacaban los chinchorros hechos de hilaza (doble cara y sencillo), una variedad de mochilas de diversos colores, prendas para vestir, sombreros, collares, entre otros. Los animales iban y venían cargados, ya que los pobladores Añuu ofrecían a cambio sus elaboraciones, entre las que destacaban las esteras de enea.

Cinco años habían transcurrido desde el nacimiento de la pequeña Jousü y tanto su madre como su padre vivían orgullosos y agradecidos de tenerla consigo, a menudo ambos reían a carcajadas al ver y escuchar las ocurrencias de su hija. «Qué rápido crece nuestra hija» se decían entre sí.

—Mírala mujer. Si continúa creciendo como hasta ahora, un día no muy lejano dejará de ser mi niña para convertirse en mujer— decía Wasashi a su mujer.

Una mañana, luego de visitar los jagüeyes y verificar los niveles de agua, mujeres y hombres estuvieron de acuerdo en que la poca agua que allí quedaba sólo era apta para ser consumida por los animales, de manera que debían partir en busca de agua limpia lo antes posible. Fue así como antes del anochecer del día siguiente, fueron seleccionados quienes irían en la imperiosa travesía; la mayoría eran hombres fuertes por si las circunstancias llegaban a tornarse desfavorables, sin embargo algunas mujeres decidieron acompañar a sus esposos. Los asnos seleccionados para transportar el agua fueron atados para que en la mañana sólo tuviesen que colocarles las enjalmas y las chiriguas.

En la madrugada y antes que el gallo anunciara por

segunda vez la llegada del nuevo día, la comisión estaba preparada para partir, por supuesto Wasashi iría entre los primeros, pero esta vez no viajaría solo; la pequeña Jousü lo acompañaba. «Ve y cuida a tu padre» le había dicho su madre con una sonrisa.

Entre cánticos y risas un grupo de hombres y mujeres partieron aquel día con rumbo a la tierra de las orquídeas flotantes. Para muchos de los integrantes de la caravana no obstante, esta era su primera visita al pueblo Añuu, entre los que estaba Jousü, quien no paraba de hacerle preguntas a su padre; ésta era la primera vez que la chiquilla salía fuera de la comunidad y como todo niño inquisitivo, tenía muchas interrogantes acerca de todo lo que iba viendo conforme avanzaban por el camino. Por su parte Wasashi intentaba darle respuesta a todas esas incógnitas de forma sabia y sutil. A pesar de poseer el carácter propio de un patriarca wayuu, aquel hombre intentaba educar a su hija de la forma correcta y tradicional, bajo la cual él había sido formado; fue ésta una de las primeras cosas que luego de adquirir uso de razón había heredado de su propio padre.

Cada cuento o cada parábola, llevaba consigo una enseñanza de vida, por eso cada vez que podía le contaba viejas historias, las cuales la pequeña disfrutaba mucho; ella permanecía en total silencio mientras escuchaba a su padre narrarle aquellas asombrosas leyendas; una de sus favoritas era en la que su abuelo Tocaio había tenido que luchar contra

un tigre para salvar su vida, y mientras escuchaba el relato el brillo de sus ojos miel se hacía más intenso, y casi sin pestañar prestaba atención a cada palabra.

—Cuando sea grande quiero ser así de valiente como el abuelo Tocaio—solía decir.

«¿Cómo puede un ser tan pequeño e inocente provocar tanto amor y ternura en un mismo corazón?» se preguntaba Wasashi, quien a pesar de que su delirio siempre fue un hijo varón, tenía que admitir que Jousü era el regalo más grande que le había dado la vida hasta ese momento.

«No he podido tener un hijo hombre en mi casa, pero estoy seguro que un día mi hija me lo traerá, porque quien se case con ella, también será mi hijo» le decía él a su esposa.

—¿Falta mucho para llegar taata? —Preguntó Jousü—, trayendo a su padre de vuelta al camino. Wasashi miró hacia adelante y por un momento la arena y la constante brisa le permitieron ver los robustos y frondosos árboles que indicaban la cercanía de la ribera del río limón, que es donde estaba asentada la comunidad Añuu. En ese momento todos gritaron de alegría y retomaron sus cánticos.

Un grupo de hombres avanzados en edad permanecían sentados a la sombra de un enorme mangle ubi-

cado a orillas de la laguna. Wasashi se acercó ofreciendo su saludo. Los ancianos correspondieron al gesto dándoles la bienvenida, para luego brindarles asiento, a lo que el patriarca respondió con una disculpa; habían viajado sentados durante horas, por ello prefirieron estar un tiempo de pie. Los ancianos sonrieron y aseguraron entenderlo.

Era tal el tamaño del viejo mangle que todos pudieron posar bajo su fresca sombra, lo cual de alguna manera lograba calmar la candente sensación dejada por el constante asedio del sol al que habían estado expuestos durante todo el camino, y los ancianos habiéndose percatado de esto, mandaron traer varios racimos de coco y de inmediato les ofrecieron para que tomaran de su hidratante agua, esto último llamó mucho la atención de los Wayuu; ellos no habían anunciado aquella visita, la cual los ancianos parecían haber anticipado.

Por un momento Wasashi pensó en preguntarles, cómo se habían enterado que ese día irían hasta allí, pero estaba delante de sus familiares y algunos amigos, así que no quiso arriesgarse a recibir una respuesta que quizá pudiera avergonzarlo delante de ellos. Su madre le había inculcado que debía hacer de la prudencia uno de sus principales hábitos, de manera que decidió quedarse callado y disfrutar del agua de coco. De repente uno de los ancianos añuu quiso entablar conversación en lengua wayuu, y Wasashi recordó que un día su padre le había contado

que en cierta época en ambos pueblos se hablaban tanto la lengua Añuu como la Wayuu.

—¿Jamayaa shije'eouna jawaakaa?—(¿Cómo estuvo el viaje?) —Quiso saber aquel anciano.

—¡Anashi!—(¡Bien!) Respondió el patriarca wayuu—

—¿JAmayaa püshi?— (¿Cómo está su padre?) —volvió a preguntar—, y éste le explicó que había fallecido hacía ya algunos años. El anciano lo lamentó y luego repuso que ese camino es inevitable para todo el que aquí vive.

—Unos parten primero, otros después, pero tarde o temprano todos volvemos a casa—razonó—. Tan irónico como real, es pensar que aquí sólo estamos de paso y que el lugar de nuestra estadía perpetua sea otro. Todo lo que aquí vemos y vivimos es temporal, nada está hecho de forma que perdure para siempre.

En ese momento todo estuvo más claro para Wasashi: aquel hombre era el viejo Anaximeno, a quien su padre llamaba cariñosamente “Calimán”. A Wasashi le pareció asombroso que a pesar de su prolongada edad alguien pudiese conservarse tan saludable.

—Comer pescado a diario y beber agua de coco, ayuda al hombre a mantenerse joven y vigoroso— dijo el anciano en tono burlesco.

«Estoy convencido de que cuando uno llega a cierta edad comienza a desarrollar la capacidad de leer los

pensamientos en el rostro de las personas» se dijo Wasashi.

—La juventud hace que todo sea sencillo, pero el transcurrir de los años provoca que hasta respirar nos canse—volvió a decir el anciano sonreído, mientras pedía disculpas y se recostaba sobre una estera.

Wasashi aprovechó el momento para ir a ver a la pequeña Jousü, que ya dormía plácidamente en una hamaca que amablemente le había colgado una joven oriunda. Una vez el patriarca verificó que la niña estaba cómoda, retomó su conversación con Anaximeno. El resto de los visitantes permanecían casi todos recostados sobre esteras de enea tendidas sobre el piso, salvo unos pocos que habiendo encontrado tentadora el agua cristalina, decidieron darse un chapuzón.

De repente, Naco se acercó a Wasashi e hizo un gesto hacia el sol, esto indicando que debían volver antes del anochecer. El patriarca estaba tan sumido en la conversación que había olvidado el largo camino de regreso, de modo que de inmediato pidió preparar todo para partir cuanto antes.

Al ver que todo estaba listo Wasashi se dispuso a emprender el viaje de regreso, mas no había dado el primer paso, cuando un pequeño niño añuu se le acercó llevando algo en sus manos; se trataba de una

réplica en miniatura de una canoa; la pequeña escultura estaba esculpida en madera y cuidadosamente tallada. «Su creador es un gran escultor» pensó Wasashi.

—¿Quién la envía?—Preguntó, mientras la tomaba en sus manos.

— ¡Mi papá!—Respondió el pequeño.

—¿Y por qué no vino él personalmente?—Volvió a preguntar el patriarca wayuu.

—¡Muchos nadan con los peces y hasta corren con las bestias, pero la naturaleza con su extraña mano aviesa, toca tus piernas un día y te les quita las fuerzas! —Respondió el pequeño en rima. «Qué extraña manera de hablar» pensó Wasashi.

—¿Cómo te llamas hijo?—Volvió a preguntar él.

—¡José Mercedes me llamo yo! —Respondió el intrépido infante. En ese momento Anaximeno, que también estaba presente aclaró que el padre del niño era un virtuoso escultor pero que un accidente le había arrebatado la capacidad de caminar y por eso en su lugar había enviado a su hijo. Por su parte Wasashi agradado con el pequeño, quiso corresponder al obsequio y dijo: —dígle a su padre que muchas gracias por el presente—, mientras quitaba de su cuello un collar de piedras preciosas y lo pasaba al niño. Pero antes de ponerlo en sus manos le explicó que

esa prenda había pertenecido a su familia por muchos años como un símbolo sagrado y que quien fuera su portador llevaría consigo las bendiciones y la protección de sus ancestros. El niño aceptó contento la collera, aunque la verdad era que apenas había escuchado las palabras de aquel hombre, y es que la pequeña Jousü se había robado su atención en todo momento, era la niña más bonita que había visto en toda su vida.

—¡Muchas estrellas brillaban una noche de febrero, entre todas dos luceros asumieron mi mirada, dos lucernas que un sombrero por encima cobijaba!—exclamó el pequeño, dejando una mano en su pecho y la otra extendida en dirección hacia la niña, quien al ver aquel gesto miró a su padre con timidez, y al momento se quitó el sombrero que llevaba puesto.

Y partieron.

—**C**omo que los wayuu trataron mal a mi hijo que desde que llegó lo noto silencioso y pensativo— murmuró Ismael, mientras tallaba lo que parecía ser una pequeña águila.

—¿Cómo te ha ido hijo?—

—Son gente iguales a nosotros, pero no se ponen viejos porque los miré a todos y no vi ni uno solo con el pelo blanco— respondió el pequeño—. Y un señor con cara seria le envía esto.

—Ismael tomó la prenda. «es una kakuna» —dijo en voz baja.

—Yo no sé cómo se llame papá, pero el hombre dijo que el que la llevara puesta siempre estaría acompañado por sus ancestros y otras cosas.

—Pues entonces de aquí en adelante vos vais a llevar puesto este collar.

—Pero si yo nunca estoy solo papá, vos siempre estáis conmigo, además ese bicho pesa mucho pa' llevarlo puesto día y noche.

Ismael pidió a su hijo acercarse y le colocó la kakuna.

El pequeño accedió y luego lo miró a la cara y dijo: —también vi a la niña más bonita del mundo y me sentí raro, ¿por qué sería papá?—

—Eso es algo natural hijo mío y sólo Dios conoce la respuesta—respondió Ismael.

—¿Y podré volver a verla algún día?—volvió a preguntar el pequeño.

—Es posible hijo, pero eso también, sólo lo sabe Dios. Yo estoy seguro que si de verdad es lo que queréis, él y la vida más adelante te lo concederán; ahora trae los anzuelos pa' que pesquemos la cena antes que se haga de noche.

Un sol rojizo e impasible se despedía hacia el lejano suroeste cuando los viajeros recién eran recibidos después de su travesía.

«Es curioso, pero siempre el camino de regreso se siente más corto» pensó Wasashi. En ese momento una multitud salió a recibirlos. Todos estaban felices de volver a casa y en cierto grado, ansiosos de contar a los demás todo lo que habían vivido. Las mujeres salieron a recibir a sus esposos y los hijos a sus padres. Para todos era una gran alegría tenerlos de vuelta. Algunos incluyendo a Shiakashí habían estado un tanto preocupados, pero ahora toda esa ansiedad parecía disiparse al ver de vuelta a su esposo e hija, y fue ésta última quien no esperó llegar del todo para lanzarse y correr a los brazos de su madre. Wasashi por su parte desmontó y apenas si tuvo tiempo de saludar a su esposa; él y el resto de

los hombres aún tenían trabajo pendiente: el agua y todo lo demás debía distribuirse de forma equitativa entre todos los hogares que integraban la comunidad, de manera que cada quien pudo llevar a su casa una ración de todo lo traído.

Por la noche y a pesar de estar cansados, los hombres que habían viajado tuvieron una breve celebración con motivo de todas las cosas buenas que estaban ocurriendo, uno de ellos se levantó y dijo algo con lo que todos estuvieron de acuerdo: «la sequía que antes era una dificultad para nosotros, ahora se ha convertido en una buena oportunidad para compartir con nuestros vecinos; ya hasta siento que los extraño». Todos sonrieron.

Mientras compartían esa noche, Wasashi dijo otra gran verdad: —todo comienza como una idea, idea que a veces nos ahuyenta el sueño durante noches enteras, y sólo podemos volver dormir tranquilos una vez que empezamos a trabajar por esa meta. Pero debemos comprender que el fracaso también forma parte del camino que conduce a nuestros anhelos, por ello muchas veces el primer intento no es suficiente, y es allí cuando debemos insistir sin desfallecer—, y agregó: —Ma'leiwa no acostumbra equivocarse—.

Todos escuchaban a Wasashi atentamente, pero él quiso despedirlos diciendo: —Sé que están cansados al igual que yo y aunque este día terminó, mañana

vendrá otro, que al igual que todos los vividos y por vivir, necesitará de nuestro esfuerzo y nuestra voluntad—, y así partieron todos a sus hogares.

En los días sucesivos, por el cielo del norte las amantes incomprendidas aparecieron vestidas de gris, para posar sobre las dunas y desde lo alto contar sus cuitas a la siempre paciente y comprensiva sabana, quien luego de consolarlas y escuchar sus estruendosos lamentos, se vio toda cubierta de agua, lágrimas de amor divino que dan vida a quienes aguardan cada año bajo la arcilla. El pasto reverdeció. La sabana toda se vistió nuevamente de colores y las aves empezaron nuevamente la tarea de reconstruir sus nidos. Por esos días el pueblo Wayuu no tuvo necesidad de volver a viajar hasta Sinamaica a por agua, porque para cuando las nubes se despidieron vestidas de blanco, los jagüeyes rebosantes ya habían recobrado su juventud.

Diez años transcurrieron y la pequeña Jousü dejó de ser la tierna niña para convertirse en una agraciada señorita que ahora comenzaba a robarse las miradas de alguno que otro joven de la comunidad, aunque la gran mayoría de ellos le tenían especial respeto por ser la hija de un patriarca. Durante esos años sus padres se encargaron de proporcionarle a la joven una adecuada educación; ambos eran estrictos en ese sentido, sobre todo en lo concerniente a su cultura, siendo considerado ése el aspecto más importante, debido a la creencia de que, “la cultura hace a los pueblos”.

Como suele ocurrirle a casi todo joven, Jousü parecía no interesarse mucho en los asuntos de su padre, objetando que eran demasiado aburridos y complicados, en vez de eso, ella prefería pasar sus ratos libres jugando con Jüsii y mojulaachi; la primera era su mejor amiga y el segundo su mascota: un peludo y mimado Gato Cervantes, así solía describirlo Jüsii. Su padre había encontrado el animal guiándose por una especie de silbido en uno de sus tantos viajes de casería cuando éste apenas era un pequeño cachorro y sus ojos no conocían aún la luz del sol, desde entonces Jousü se encargó de darle todos los cuidados necesarios, y con el tiempo se convirtió en parte de la familia y en su compañero inseparable. A menudo ella solía narrarle cuentos mientras acariciaba su rojizo y fino pelaje.

Un día, bien temprano por la mañana una vecina vino hasta la choza de Wasashi a expresarle un reclamo; según la mujer la mascota de Jousü había cenado paloma la noche anterior; dos polluelos de guarumera que le había obsequiado su esposo unos días antes y que ella había cuidado con esmero. El patriarca ofreció un gesto de disculpas y dio su palabra a la mujer, afirmando que investigaría sobre aquel incidente, y cuando fue en busca del animal, éste dormía plácidamente con la evidencia incrustada entre sus garras: plumas de color gris turquesa. Wasashi reconoció la razón de parte de la mujer y aseguró que iba a tomar las medidas necesarias para que esa eventualidad no volviera a suscitarse; y de no haber sido porque su mujer intervino, habría ejecutado al animal. Jousü amaba a su mascota, por eso prometió a su padre que de allí en adelante sería más responsable en cuanto a su cuidado.

Por alguna extraña razón cada vez que la joven se sentía triste o enojada, tomaba la pequeña canoa que le habían obsequiado a su padre años atrás y la llevaba consigo hasta un gran jagüey ubicado cerca del caserío y allí la echaba a navegar sobre sus aguas, como si dentro del pequeño bote estuviese enviando sus enojos y tristezas en un viaje sin retorno, al tiempo que dejaba volar su imaginación. Luego, pasado ya un largo rato volvía a casa con el estado de ánimo renovado. Wasashi solía decir: «el agua es fuente de

vida para todo ser y tiene la propiedad de purificar el cuerpo y la mente», por ello, cada vez que alguien en la comunidad tenía un sueño de mal presagio, era bañado a mitad de la noche en medio de cánticos y plegarias. «Sólo con acercarse a una fuente de agua natural y observarla el tiempo suficiente, bastará para que sintamos que nuestras cargas se alivianan» solía afirmar el patriarca.

—Quiero aprender a elaborar vasijas— dijo Jousü una mañana a su abuela Watalajaa Amalii.

—Anda hasta el jagüey a tráeme barro de la orilla, que hoy mismo comienzan tus clases— respondió la anciana.

Jousü sonrió y salió en busca de Jüsii para que la acompañara a buscar la greda necesaria para las vasijas. Al poco tiempo las dos volvieron empapadas de fango. Al verlas Watalajaa sonrió y dijo: —Ay mis niñas, no era necesario tanto barro, con el que traen en sus manos era más que suficiente—. Luego les ofreció que se sentasen una a cada lado y agregó: —construir nuestra vida, es como elaborar una vasija, sino me creen, entonces observen. Al principio cada vasija no es más que otro pequeño montículo de arcilla, pero si la mezclamos con la cantidad de agua suficiente y lo amasas un poco, tendrás todo listo para comenzar. Lo siguiente sería, con tus manos

ir dándole forma de manera paciente y equilibrada, para finalmente tener como resultado una hermosa chirigua con tu nombre grabado—, continuó: —lo que diferencia a una vasija de otra no es su tamaño o su peso, sino los pequeños detalles que se le agregan a medida que se va elaborando, porque si el recipiente que has hecho es de poca consistencia será muy frágil y se romperá con facilidad al primer golpe que reciba. Por último, es necesario adornarla; esto debe hacerse a criterio de cada cual, sólo ustedes pueden adornar su creación, nunca permitan que otra persona lo haga en su lugar.

Habían transcurrido dos semanas y tanto Jousü como Jüsii ya sabían moldear la arcilla a la perfección, de manera que Watalajaa se ofreció a enseñarles también el arte de tejer, algo a lo que las jóvenes accedieron de inmediato. Al igual que lo había hecho la vez anterior, Watalajaa comenzó estableciendo comparaciones entre la vida y lo que estaban a punto de aprender.

—Tomar decisiones es como tejer, y al final serán estas decisiones las que terminen dándole forma a sus vidas—dijo la anciana—. Una pequeña pieza puede tener muchísimos entrelazados y, si haces uno mal, éste te afectará todos los demás. Si te equivocas, deberás regresar y corregir el error antes de que sea tarde, también se debe sostener con firmeza el hilo

porque si por descuido lo sueltas, éste comenzará a deshilarse rápidamente; si esto ocurre, lo mejor es sostenerlo en el momento o de lo contrario, antes de darte cuenta, habrás permitido que arruine todo aquello que hubieran podido hacer hasta ese momento.

Jousü prestaba atención a cada palabra que Watalajaa decía, ella sabía que cada frase contenía una sabiduría digna de aprender.

—¡Esto no es lo mío!— decía Jüsii. En realidad su talento se inclinaba más hacia la dramaturgia; a esa edad ya era una soñadora consumada; en ocasiones solía crear historias en su imaginación que luego contaba a su amiga, y después de oírlas, Jousü se preguntaba cómo podía inventarse todo aquello y de forma tan detallada sólo con su imaginación.

En aquellos días las parejas se unían luego de existir un preacuerdo entre sus familias, específicamente entre los padres de la pareja y sus tíos maternos, sin embargo, en algunos finales de las historias de Jüsii, las parejas se unían ignorando el formalismo y otros aspectos, algo así como una versión abstracta de los llamados “amores imposibles”. Jousü a menudo preguntaba a su amiga el por qué sus historias con frecuencia finalizaban con amores inconclusos.

—No lo sé hermana. Así me nacen— respondía ella. También decía que cuando fuera mayor y decidiera

casarse con Naco, lo haría de esa manera; esto último a Jousü le provocaba un tanto de risa, a su edad sus únicos amores eran sus padres y mojulaachi.

De forma inevitable el tiempo siguió adelante, y conforme esto ocurría, se fueron dando cambios en la comunidad; uno de estos cambios consistió en extender la cerca que rodeaba el caserío, esto debido a la necesidad de construir más casas donde pudieran morar las nuevas parejas que se fueron dando en matrimonio.

—Nuestra hija ya es toda una mujer y pronto necesitará un buen hombre a su lado. He pensado que Naco podría ser ese hombre— dijo Wasashi un día a su esposa. Esta lo observó un momento y luego objetó: —deberíamos esperar a que sea ella quien decida. Entiendo que te preocupes por su bienestar, pero considero que es demasiado pronto para que se case. Además, es nuestra única hija—

—Está bien. Que sea ella quien decida cuándo—respondió Wasashi.

Naco se había convertido en la mano derecha de Wasashi; era su más fiel ayudante en todo lo que se presentara. Cumplía a cabalidad con cada tarea que el patriarca le encomendaba. Era el primero en levantarse y el último en irse a dormir; fue tanto su esmero y su devoción hacia Wasashi, que éste comenzó a sentir en su corazón que aquél era el hijo varón que

siempre quiso tener y que la vida le había negado hasta entonces. Fue así como una tarde mientras ambos veían una puesta de sol juntos y después de una ardua jornada laboral, que Wasashi, sin consultar a su esposa decidió darle permiso de cortejar a su hija.

Jousü en principio no le dio importancia a la noticia, imaginando que se trataba de alguna inusitada broma, y sólo habiendo visto el rostro impávido de su padre, pudo caer en cuenta que se trataba de un hecho categórico e irrevocable. En ese momento sintió un espasmo que recorrió todo su cuerpo como quien ha recibido un baño de agua helada mientras dormía. Ella intentó disuadir a su padre sobre aquella decisión por considerarla imperita, argumentando que Jüsii desde niña había sentido admiración hacia Naco. Pero nada de lo que dijo sirvió para convencer al patriarca; a su criterio Naco era el hombre que ella necesitaría el resto de sus días; él era el hijo que había estado esperando.

«Amo a mi padre y no entiendo por qué me ata a este sufrimiento. Extraño aquellos días en los que aún era una niña y no conocía de responsabilidades ni de las dificultades contra las cuales todo adulto debe enfrentarse a lo largo de su vida» reflexionaba Jousü, quien tampoco entendía por qué aquel hombre que siempre la protegió y veló por su felicidad, ahora intentaba obligarla a hacer algo en contra de su voluntad. Al acudir a su madre, ésta le explicó que a veces a los adultos les toca hacer cosas aun

en contra de su voluntad, por su bien y el de los demás, pero a pesar de eso a la joven aquello le seguía pareciendo irrisorio, de algo si estaba segura y era que, cualquiera fuese su opinión sobre el asunto, su padre ya no la tomaría en consideración y de seguro las cosas se harían con o sin su consentimiento.

Su corazón no le mintió: el compromiso se hizo público un día después, y la noticia se difundió de inmediato en todo el pueblo. Jüsü se encontraba rumbo a casa de la pretendida cuando se enteró y al momento, dos lágrimas humedecieron brevemente el suelo frente a sus pies. «¿Cómo mi hermana de toda la vida pudo comprometerse con el hombre al que he amado desde niña? Ella siempre estuvo enterada de mis sentimientos hacia él, entonces, ¿por qué se apropia de lo que ya había elegido para mí?» se preguntaba, en medio de la perplejidad y el desencanto. Sin pensarlo salió como estrella fugaz a exigirle una explicación, mas sin embargo pasados unos minutos decidió volverse a mitad del camino. «No tiene caso ir hasta allá para confirmar lo que ya sé. La palabra de un Wayuu no tiene precio y si Wasashi ya dio la suya como garantía, no hay vuelta atrás. Lo que ya se hizo, hecho está» volvió a decirse; y se marchó a su hogar, con su febril corazón lleno de ira y frustración.

Había transcurrido una semana entera sin que Jousü

supiera nada de Jüsii. En el fondo ella sabía el motivo de su desapego, de manera que decidió ir hasta su casa y explicarle cómo habían sido las cosas. Conocía a su amiga y sabía que en el fondo ésta poseía nobleza espiritual, lo cual de seguro la ayudaría a entender y enfrentar aquella inminente refriega.

Al llegar, los papás de Jüsii la recibieron con gentileza, y un momento después le comentaron que su hija estaba actuando de una manera poco habitual; desde hacía varios días el tiempo se le iba mientras permanecía dentro de aquellas cuatro paredes sin hablar con nadie, y cuando le preguntaban qué le pasaba, ella sólo respondía que no se sentía de humor.

—Sí para mañana no ha cambiado su actitud, la llevaremos ante el piache— dijo el padre de Jüsii, con preocupación en su rostro. Jousü al escuchar aquellas palabras no pudo evitar sentirse culpable.

—Vamos viejo. Estas jovencitas tienen cosas de qué hablar —dijo la madre.

—Pasa adelante hija—le invitó el papá—, mientras ambos salían de la casa.

Jüsii había estado escuchando todo desde el otro segmento de la casa, y al verla entrar simuló estar profundamente dormida para no tener que cruzar palabra alguna con quien había traicionado su amistad. Sus ronquidos un tanto exagerados, podían escucharse desde lo lejos y fácilmente confundirse con

el sonido emitido por un perro que resguarda su alimento, pero Jousü sabía que ella no acostumbraba a dormir mientras el sol brillase, de modo que entró, y tomando asiento justo al lado del chinchorro, comenzó a conversarle en tono bisbiseante; explicándole todo lo que estaba ocurriendo y de cómo su padre la había comprometido con Naco aun en contra de su voluntad. También le pidió que si en verdad se consideraba su amiga, no le diera la espalda en ese momento que tanto necesitaba de su apoyo, y por sobre todas las cosas, que la ayudara a encontrarle una solución a todo aquello, sí era que acaso existía alguna.

Al escuchar todo lo que dijo, Jüsii pudo constatar lo equivocada que estuvo al pensar de Jousü de la forma en que lo hizo y, con lágrimas en sus ojos se levantó rápidamente y le pidió perdón; en ese momento ambas extendieron sus brazos y lloraron, eso hasta que mojulaachi las interrumpió: se metió en medio de las dos frotando su esponjosa cola contra sus piernas, como si expresase alegría por lo que estaba ocurriendo. Al ver lo que éste hacía, ambas inevitablemente sustituyeron el llanto por risas, mientras quitaban las lágrimas de sus mejillas, y de nuevo renovaban su amistad.

Más tarde las reconciliadas decidieron ir hasta el sitio favorito de ambas que estaba situado a orillas del

viejo jagüey. Al llegar allí el tema del compromiso pareció quedar atrás, todo lo que existía eran risas, que luego dieron paso a viejas anécdotas de la infancia; las cuales llegan siempre acompañadas de añoranza y gratitud.

Las lechuzas y los murciélagos iniciaban su jornada cuando las jóvenes retornaron de su recorrido, y al llegar en casa de Jüsii, sus papás le pidieron entrar y traer algo. Un momento después volvió Jüsii con una mochila confeccionada en hilaza, la cual entregaron a Jousü como muestra de agradecimiento.

Ella pensó en rechazarla por cuanto no se sentía merecedora de aquel detalle, pero recordó que sí lo hacía, estaría incurriendo en una falta a las normas morales que le habían sido inculcadas: no rechazar nada que le fuera obsequiado por algún pariente, porque esto se consideraba como un desplante, una ofensa; de manera que tomó el obsequio, y dando gracias partió hacia su hogar.

Con el pasar de los días y producto de numerosas visitas por parte de su prometido, tanto el brillo

como el matiz que la caracterizaban, parecían desvanecerse del rostro de la joven wayuu, llevándose con ellos la sublimidad que siempre la acompañó, y cual delicada rosa expuesta al asecho candente del sol, así se hizo marchita en alma y cuerpo, mientras veía el transcurrir de los días, sin que alguno trajese consuelo a su ser.

Esa mañana al levantarse la joven se prometió así misma que le pondría fin a su suplicio; pensó en acudir a sus padres por última vez e implorarles su intercepción en la búsqueda de una solución beneficiosa para todos; «quizá si Wasashi indemnizaba de alguna manera a Naco a cambio de romper el compromiso, era remotamente posible que éste aceptara». En ese momento Jousü no pudo evitar sentir como la esperanza volvía a recorrer su ser cual suave brisa. De inmediato se levantó y salió en busca de su padre, pero al llegar donde estaba el patriarca, a la joven le tocó ver morir su naciente esperanza: Wasashi hablaba con Naco y no precisamente de cualquier tema; su padre le estaba dando permiso para que comenzara con los preparativos, y hasta le habían fijado fecha al casamiento. Ella los observó por un instante y con sus ojos llenos de tristeza y exasperación, dio la vuelta y comenzó a correr, ignorando por primera vez el llamado de su padre. Corrió y corrió, hasta que ya no pudo más, mientras un mar agitado de emociones y sentimientos la atormentaban intrín-

secamente sin cesar. Llegó hasta el jagüey y continuó llorando.

Mientras tanto, cerca de allí Jüsii se había levantado recordando un extraño sueño que había tenido esa noche y que a su juicio tenía mucho que ver con Jousü, de manera que salió de inmediato a contárselo, y fue camino a su casa donde casualmente se cruzó con Naco, quien al parecer venía desde ese lugar. Como estaba en descontento con él pese a lo sucedido, decidió ignorarlo, pero éste se volvió y le dijo: —si vas en busca de Jousü te digo que ella no está, salió temprano y sin decir hacia dónde. Te digo esto para que no recorras el camino en vano. —Pero la verdad era que Naco en los últimos días no había estado muy de acuerdo que digamos respecto a la amistad que existía entre ella y Jousü, por considerarla una mala influencia para su “prometida”, por lo que Jüsii no prestó atención a sus palabras y siguió su camino.

—Si quieres caminar, anda entonces—volvió a decir él, mientras Jüsii retomaba el paso.

Al llegar allí, Shiakashí la recibió y dijo algo parecido a lo que había escuchado momentos antes, pero Jüsii conocía muy bien a Jousü, de manera que, si no estaba en su casa, sólo podía haber ido a un lugar: el jagüey. Al llegar ya la joven había secado sus lágrimas.

mas, o de pronto ya las había derramado todas.

—Tomé una decisión. No lucharé más contra la corriente; si tata quiere que sea la esposa de Naco, así lo haré.

Jüsii la miró un momento sin decir nada, y luego repuso: —no es justo amiga. Tú sabes que si lo haces serás infeliz toda tu vida —y continuó: —anoche tuve un sueño extraño y pienso que es una revelación que tiene mucho que ver con lo que estás viviendo y con lo que deberás vivir en los próximos días—. Pero Jousü aún turbada, no quiso prestarle atención, y sólo dijo al respecto: —un sueño no basta para cambiar mi realidad—

—Claro que es suficiente—respondió Jüsii—, quien le pidió escuchar lo que había soñado.

Jousü la miró y con poco entusiasmo asintió con un gesto en sus labios, entonces Jüsii procedió: —Soñé que íbamos por un camino, y de repente apareció una manada de cerdos negros y comenzaron a perseguirnos, pero al momento pude darme cuenta que era a ti a quien seguían y, aunque yo no era su blanco, continuaba corriendo a tu lado. Entonces un anciano que estaba parado a la orilla del camino, con una vara que llevaba en su mano derecha, señaló hacia una ladera ascendente a orillas de un mar azul como el cielo, así que, por alguna razón le hicimos caso y corrimos hacia allí, para sorpresa de ambas, al llegar

nos encontramos con que estábamos atrapadas: no podíamos volver porque ya los cerdos venían detrás de nosotras, mucho menos seguir adelante, y cuando ya estábamos por rendirnos, tú te diste cuenta que cerca estaba una canoa como la que tienes en tu casa, pero mucho más grande y en su borde, un largo tronco de madera ascendía hacia el barranco sirviendo de puente. Ambas descendimos, luego el tronco se desplomó por sí solo, "...y la manada de cerdos cayó por el despeñadero en la mar, y en la mar se ahogó" (Marcos 5:13). Después de eso sopló un fuerte viento y echó andar la barca para llevarnos hasta una tierra hermosa en donde el agua dulce abundaba y se podían ver muchos árboles frutales y distintas especies de animales, y, ¿quién más crees que estaba allí? ¡El mismo anciano del camino!, pero esta vez habló, y mirándote fijamente a los ojos dijo: toda esta tierra es tuya. En ese momento desperté con la certeza de que sí desciframos el significado de ese sueño habremos encontrado la solución a toda esta situación por la que estás pasando.

Jousü se tomó un momento para meditar acerca de todo lo que acababa de oír; desde muy pequeña Jüsii había contado con una imaginación audaz que le permitía crear historias con facilidad, de eso estaba totalmente consciente, y nada le podía asegurar que ésta no fuera una más de esas historias. Pero luego de serenarse tuvo que admitir que, a pesar de la cualidad o defecto de su amiga, ésta jamás le había

mentido, y a lo largo de los años le demostró que podía confiar en ella, también recordó que en la cultura wayuu los sueños se consideraban de suma importancia, porque a través de estos los ancestros se comunicaban con sus descendientes aquí en la tierra, muchas veces para prevenirlos de peligros inminentes, o para revelarles cómo curar alguna enfermedad que los estuviese azotando. Para un wayuu un sueño siempre trae consigo un significado, por ello se les dedica especial atención, y sí Jüsii estaba en lo cierto, algo se podía hacer al respecto.

—Vamos a consultar al piache, él es quien más sabe de estas cosas. De seguro podrá descifrar tu sueño y decirnos si acaso tiene algún significado —sugirió Jousü.

—Eso era lo que quería oír—respondió Jüsii—, tomándola de la mano.

—Quizá tuvo que salir, aunque por lo que sé, él muy pocas veces deja su casa—dijo Jousü—, mientras sus ojos escudriñaban desde una ventana de la casa. De repente se oyó una voz proveniente desde un apartado rincón: «pasen, la puerta está abierta. Llevo rato esperándolas»

Las jóvenes no pudieron evitar sorprenderse; nadie salvo ellas dos sabían del sueño y menos que irían hasta allí.

Después de eso sólo el silencio se dejó escuchar, y mientras ambas discutían en voz baja sobre quién debía entrar primero, Jousü recordó que una vez su padre le había hablado sobre el piache diciéndole que era un ser con una gran responsabilidad y que a pesar de su enigmático estilo de vida, se trataba de una persona en la que se podía confiar, de modo que fue la primera en pasar.

Una vez dentro, las dos pudieron ver de cerca a un anciano sentado, cuyo cabello largo y de color azabache se extendía hasta el suelo. Al verlas éste repuso: —eso es lo bonito de soñar: los sueños tienen el poder de llevarnos a lugares desconocidos, algunos que tal vez ni siquiera imaginamos conocer. Como les ha ocurrido a ustedes el día de hoy; estoy seguro que esta mañana al levantarse ninguna de las dos imaginó que unas horas más tarde ambas estarían aquí, visitando a este viejo. ¡Sean bienvenidas a este

mi humilde hogar!.

—¿Y cómo sabía que vendríamos? —Quiso saber Jousü.

El anciano observó por un momento una totuma que sostenía en su mano derecha, y luego respondió: — hace poco me lo susurró el viento.

Las dos nuevamente se sorprendieron; de verdad aquel hombre sabía lo del sueño que había tenido Jüsii, ¿acaso todo lo que se decía del piache era cierto?; Muchos en el pueblo aseguraban que éste poseía un extraño don que le permitía entender y hablar con los cuatro elementos, con los animales y con todos los espíritus de la sabana. Y antes que alguna de las dos dijera algo agregó: —la gente siempre comenta muchas cosas y casi siempre le suma tamaño y color al momento de decir lo que ha oído. Yo al igual que muchas otras personas sólo pongo en práctica una cualidad que me ha sido otorgada por el mismo ser que creó la lluvia y también la semilla, para que el hombre con su trabajo sólo tuviera que sembrarla, cuidarla, y posteriormente cosechar su propio sustento. Así pues, mi trabajo consiste en escuchar a la madre naturaleza para saber en qué época es conveniente sembrar y en cuál no lo es, más lo que si no puedo hacer es que la lluvia caiga o deje de caer, o crear semillas. No puedo crear vida, ni siquiera devolvérsela a alguien que haya partido. Desgraciadamente esa es la verdad—afirmó el anciano, termi-

nando la frase con tono de amargura.

—Pero no te aflijas —siguió diciendo éste, volviendo los ojos de Jousü—. Tu caso es similar al de muchos otros: lo que te toca vivir, no se parece en nada a lo que los demás esperan que vivas.

—¿Entonces, sí ya usted sabe lo que mi amiga soñó, también debe saber su significado?—

—¡Sí, lo sé!. Pero no estoy seguro de sí decírtelo o no—respondió el piache—, mientras hacía una reverencia.

—¿Y eso por qué, acaso es tan malo que no quiere decírmelo? —Volvió a preguntar Jousü.

—No es por eso. El hacedor jamás pone cosas malas delante de nosotros, y cuando pensamos que es así, es porque no entendemos sus designios, y no los entendemos sencillamente porque poco o nada le prestamos atención a ello; ese es el motivo por el cual no sé sí revelarte el significado de dicho sueño: no estoy seguro de sí lo entenderías en este momento.

—Por lo que veo debe ser muy difícil de comprender. Entonces hagamos algo: dígame el significado del sueño y, sí no lo entiendo en este momento, le prometo que lo seguiré intentando hasta que logre hacerlo—propuso Jousü.

—Eres buena negociando. No cabe duda que has recibido una buena educación. Desde el día en que naciste, supe que habías venido acompañada de Yourée —dijo el piache—, mientras tomaba un sorbo de su totuma.

—¿Y quién es Yourée?— quiso saber Jousü.

—Yourée es un espíritu sumamente poderoso. Las personas que vienen acompañadas por él, tienden a abrirse paso hasta por los caminos más espinosos y escarpados. Pero debes saber que en ocasiones puede llevarse a alguno de tus seres más cercanos, es por ello que las personas que consiguen grandes conquistas, por lo general han perdido a un ser amado antes o durante la consecución de dicha proeza.

—¿Y cómo hacer para que eso no pase?— quiso saber Jousü.

—Eso no fue lo que las trajo aquí. Dejemos ese tema para otra ocasión. Ustedes vinieron por un sueño, así que, hagamos algo, déjenme un momento a solas que yo las llamo en cuanto esté listo—dijo el piache, con la respiración agitada.

Pasados unos minutos el hombre volvió con el rostro más sereno y dijo: —permítanme las dos que les ofrezca algo de tomar, que desde que llegaron no lo he hecho y no quiero que piensen que aparte de viejo soy descortés—

Las dos se miraron una a la otra como preguntándose si aceptar o no. Un breve momento después volvieron a intercambiar miradas. Jüsii decidió aceptar considerando que su anfitrión sería incapaz de hacerles daño alguno; en el poco tiempo que llevaban conociéndolo, había demostrado tener gentileza. Pero Jousü pensaba diferente, a ella le enseñaron que la gente buena también comete errores, por ello nunca está demás ser prudente, entonces se dijo así misma que si veía algo extraño en lo que aquel hombre les estaba ofreciendo, le haría el desaire y se iría de allí de inmediato.

El piache tomó dos totumas pequeñas y vertió dentro de ellas un extraño líquido, que luego dio a cada una en su mano.

— ¿Qué es?—quiso saber Jousü.

—Antes Pruébalo y dependiendo de cómo te parezca su sabor, responderé a tu pregunta.

Ambas tomaron un sorbo cada una al mismo tiempo y, para su sorpresa, se trataba de una bebida deliciosa.

—Al parecer les agradó; eso me complace —volvió a decir el piache, con una pequeña sonrisa en su rostro—

—Y a ti, ¿qué tal te pareció mi medicina? —Preguntó el piache—. A lo que Jousü respondió: —debo reco-

nocer que no está mal, ¿qué es?

—Es una infusión de hierbas y raíces traídas desde Sinamaica—respondió el piache—. Hace poco en uno de los viajes de intercambio envié una pequeña cantidad de cierto ungüento que puede ser utilizado como analgésico para aliviar el dolor de picaduras de insectos como: escorpiones, arañas, cien pies, así como el provocado por los pinchazos de bagres o rayas de río. A cambio recibí una buena ración de hierbas medicinales que crecen por aquellos lados, las cuales me han servido de mucho: imaginen que en lugar de ofrecerles la infusión, les hubiera dado un poco de ungüento mentolado—. Los tres rieron.

A pesar de ser considerado por muchos como un ser extraño, aquel día Jousü estaba conociendo a un carismático anciano, que poseía un buen sentido del humor. Entonces recordó que estaban dejando de lado el motivo que las había llevado hasta allí, que no era otro más que saber el significado del sueño que había tenido Jüsii la noche anterior, y de ser así, qué relación guardaba con los presentes hechos que asediaban su vida.

Como era de esperarse, el piache se les adelantó y rasgando su garganta en señal de que debían prestar atención a lo que tenía que decir, procedió a conferirles lo que habían ido a buscar. Las dos se tomaron de las manos, mientras su anfitrión comenzó a decirles: —como ya les había referido hace un rato, cada ser nace con

un camino por delante, algunos desde muy temprano y por razones que desconozco, encuentran ese camino y lo siguen hasta el fin de sus días en esta tierra, mas sin embargo, para otros el encontrar su senda (por las mismas razones desconocidas) les resulta lioso, y, cuando lo encuentran, se les torna verdaderamente arduo guiarse día a día por ese sendero, es por ello que un sinnúmero termina desviándose por posibles atajos falaces y que al final resultan siendo no más que meros espejismos; algo similar a lo que suele ocurrirle a quienes caminan por el desierto, y de repente desde la nada, ven a la distancia un sublime oasis, pero que al llegar allí, sólo encuentran más y más de lo mismo: «desierto», es allí cuando los embarga la frustración que deja el hecho de haber sido timados por un artificio, que sin importar que tan antiguo sea, sigue tomando por sorpresa a los viajeros que transitan de forma voluntaria o involuntaria por los desiertos de todo el mundo.

Una vez escuché que alguien me dijo: «no dejes camino, por vereda». Desde mi punto de vista no hay frase que se amolde mejor a lo que les he venido explicando, por fortuna existen formas de saber cuándo nos estamos desviando de nuestro camino hacia alguna vereda. También debo decir que una vez encontrado ese propósito de vida, lo siguiente es no dejarse influenciar negativamente por otras personas; si alguien trata de persuadirnos para que abandonemos lo que creemos es nuestro verdadero

propósito de vida, es allí cuando debemos ser firmes y tolerantes como el araguaney.

Las dos jóvenes sólo parpadeaban, mientras escuchaban todo lo que el piache les estaba diciendo; nunca antes habían visto las cosas de la forma como se las estaba planteando éste.

—También he considerado decir que, según lo que he podido apreciar a lo largo de mi extensa vida, es que, sólo cada ser puede cambiar su camino— volvió a decir el piache.

En ese momento Jousü lo interrumpió diciéndole: —Y si esa persona está sometida a la voluntad de otra y sus puntos de vista difieren en lo absoluto, ¿qué debería hacer la persona sometida?—

—Nadie puede obligarte a hacer algo que tú no quieras. De igual forma, tú no puedes obligar a alguien para que haga tu voluntad, y esto es tan cierto, como que una verdad no puede ser enmudecida por siempre—afirmó el anciano.

—De ser verdad lo que dice, entonces, ¿cómo podemos saber cuándo nos estamos alejando de ese camino, y, cuando no? —Quiso saber Jüsii.

—Es buena tu pregunta—respondió el piache—. Antes debo decirles que la vida es tan misteriosa como bella y la mayoría de sus caminos aún son desconocidos para nosotros; por fortuna una persona puede

darse cuenta de si está transitando por un camino diferente al que le corresponde, de alguna manera u otra, esa magia que nos hace sentir y respirar siempre termina encontrando la forma de comunicarse con nosotros.

Debido a tu sobrecarga emocional, no has sido capaz de discernir de forma clara lo que la vida te está diciendo. Es por ello que tu Ángel o como quieras llamarlo, ha tenido que recurrir a alguien de tu plena confianza para que pudieras recibir el mensaje, y es éste su significado—: los cerdos significan las emociones humanas, tales como el miedo, la ira y los prejuicios que estás y seguirás enfrentando en los días próximos. Por su parte el anciano, significa la sabiduría; esta te ha de conducir hacia tu verdadero propósito de vida. El trozo de madera que cayó luego de pasar ustedes, significa que al cruzar hacia tu nueva vida, te desligaras de todo lo que antes mencioné, y por último, el viento empujando la barca hasta nuevas tierras, esto simboliza una alianza que dará buenos frutos para nuestra gente.

En ese momento el viejo piache suspiró profundamente. «Quizá esté agotado» pensó Jousü, después de todo llevaba un largo rato reflexionando sobre todo lo que les había dicho.

—El decirte cómo y cuándo debes actuar de aquí en adelante no me compete a mí, la vida te irá mostrando todo a su tiempo, tú sólo deberás tomar las

decisiones en el momento que debas hacerlo; recuerda que nadie salvo tu corazón, puede decirte de qué manera debes vivir—reiteró el piache—. El espíritu de cada ser es único, pero infinitamente sabio como el de todos. Yo estoy seguro que sí te permites comenzar a escuchar el tuyo, éste te guiará de forma inequívoca hacia lo que realmente quieres—.

Un corto silencio fue interrumpido por las palabras de Jüsii, quien se dirigió al piache: —y sobre la tierra que vi en mi sueño, la cual me mostró el mismo anciano del camino, ¿qué puede decirnos sobre esa parte? —El piache la miró con un gesto de cariño y dijo: —veo que no se te escapa nada. Me recuerdas mucho a una jovencita que conocí hace mucho, por desgracia su luz fue tan breve como hermosa.

De repente el tono amargo volvió a cubrir las palabras del piache, pero esta vez sus místicos ojos se empañaron ligeramente de lágrimas y su rostro se tiñó de nostalgia, luego agachó la cabeza y pidió disculpas a las dos.

—Disculpe usted, no era mi intención incomodarlo— exclamó Jüsii—

—No te preocupes jovencita, no eres culpable de nada—respondió el agorero—, mientras pasaba sus manos por sus mejillas ya bastante marcadas por el paso de los años.

«Quizá aquella joven a quien le recordé, se trató de

algún amor imposible, después de todo era un hombre como cualquiera» pensó Jüsii.

En ese momento el anciano la miró y dijo: —Yo vivía una vida rodeada de malas acciones, y fue gracias a ella que pude enderezar mi camino; hizo de mí una mejor persona. Llegó en el momento que más la necesitaba y se fue cuando ya no podía vivir sin ella—

—¿A qué se refiere? —Quiso saber Jüsii.

—Tú me recuerdas a mi única hija; tienes su mismo espíritu. Tenía más o menos tu edad cuando de manera involuntaria me tocó despedirme de ella—confesó—. Fue duro, y a pesar de que hoy sé que se encuentra bien, no pasa un día en el que no la extrañe.

Ambas lamentaron lo ocurrido y decidieron no seguir adelante con aquel tema de conversación, que a todas luces podía apreciarse lo mucho que perturbaba a su anfitrión, sin embargo, éste siguió diciendo: —es irónico creer que los momentos fuertes o duros que la vida nos presenta, nos dejan enseñanza y sabiduría, como también es difícil llegar a creer que la partida de un ser amado nos puede dejar algo positivo, pero es así, por extraño y duro que parezca. La mayoría de los seres humanos vivimos dormidos dentro de nuestros propios cuerpos y no es hasta que la vida nos da una buena sacudida, que nos damos cuenta que somos mucho más de lo que éramos consciente.

Cuando mi hija aún estaba conmigo yo era un hombre común y corriente viviendo dentro de mi comunidad, pero después todo cambió; al principio estaba destrozado y no entendía cómo Ma'leiwa podía permitir que cosas como esa ocurrieran bajo su piadosa mirada, y debo admitir que en momentos dudé de su infinita bondad. Fue así como decidí alejarme de todos e irme lejos en busca de respuestas; durante varios días anduve buscando en lo más profundo de mí ser aquellas respuestas que en el mundo exterior no había podido encontrar, y fue en el silencio que escuché una voz, la cual anunciaba mi renacer; en ese momento experimenté un nivel de lucidez que jamás creí posible. De repente comprendí todo, incluyendo la partida de ese ser a quien tanto amaba y que el mismo Ma'leiwa había enviado a mi vida para que yo pudiera despertar—continuó—: Su misión fue siempre esa: venir y darme vida, pero yo no lo entendí sino hasta ese momento, y ya después lo que sentí fue gratitud hacia nuestro padre celestial, porque de alguna manera, mi pequeña vive en mí y en todo lo que hago con estos dones que él me obsequió.

Después de aquellas palabras el piache tomó una piedra que se conoce como Tuma (la cual llevaba colgada en su cuello) y comenzó a frotarla suavemente mientras su vista pareció perderse de nuevo en el vasto mundo del pensamiento reflexivo. «Es sorprendente lo que descubres de las personas una

vez te acercas a ellas y las conoces tal cual son» pensó Jousü, quien no llevaba más de una hora tratando al piache y ya sentía como si lo hubiera hecho de toda su vida. Aquel asceta alguna vez había tenido una familia como cualquier hombre de la comunidad. Pero ninguna de las dos se atrevió a preguntarle más detalles.

—Quiero que recuerden esto —dijo.
—Los sueños si se hacen posible, siempre y cuando se mezclen con la fe y el esfuerzo suficiente para alcanzarlos; son estos tres elementos los que conforman la semilla de la cual germinan todas las grandes hazañas, habidas y por haber.

Lo que siguió fue un total silencio en el que hasta el alborozado cardenal enmudeció su canto; en ese momento las dos jóvenes comprendieron que no quedaba más que decir entre ellas y el sabio piache. Un gesto de agradecimiento selló la visita, y las dos jóvenes salieron de la casa con sus corazones dispuestos.

Mientras tanto, un poco más hacia el sureste en el pueblo Añuu, todo transcurría en completa normalidad: un gran río de agua dulce que avivaba la laguna, hacía que un pequeño pueblo de pescadores proliferara cada día.

Cada tarde, los hombres debían dejar a sus mujeres e hijos en sus palafitos y partir en busca de su principal alimento: «el pescado», y cada mañana esas mismas mujeres y sus hijos, llenos de alegría, salían a la espera de aquellos hombres, que a menudo llegaban cansados, pero felices y con la satisfacción de haber conseguido el sustento de sus familias; y las recompensas no se hacían esperar: un delicioso desayuno esperando sobre la mesa, la atención de una esposa atenta y el saber que sus críos estarían bien alimentados, a excepción de los solteros, estos debían ayudar a sus padres con las responsabilidades del hogar, uno de ellos era José Mercedez, a quien pese a la discapacidad de Ismael, le había tocado hacerle frente a la vida desde muy pequeño, por ello, y por otras razones, a pesar de su corta edad era muy querido y respetado por todos en la comunidad. Al igual que los demás, José Mercedez salía cada noche en busca del alimento para él, su papá, y a menudo compartía con aquellos que en algún momento de sus vidas se olvidaron de la fugacidad que acompaña a la juventud y que al esfumarse ésta, también se lleva consigo la oportunidad de hallar una esposa y

formar una familia; a este grupo de vetustos, se les conocía en la comunidad como los «Nicola»; vivían en palafitos contiguos y pasaban los días mascando tabaco en rama y narrándose los unos a los otros, las hazañas realizadas durante sus años mozos, esto como para reafirmarse que sus vidas habían valido la pena, o quizá lo hacían sólo para motivar sus corazones a no rendirse ante el asedio de los días inmutables.

En ocasiones José Mercedez se quedaba un rato escuchando sus relatos, y los ancianos aprovechaban para hacerle preguntas acerca de los manglares y los sitios donde ellos solían pescar. Él les describía los lugares al detalle, mientras los veteranos de pesca se sorprendían con los cambios ocurridos en esos sitios, también aprovechaba para pedirle consejo acerca de la pesca acertada respecto al nivel de las mareas, las fases de la luna, la orientación e intensidad del viento, la nubosidad del cielo y todo lo que un artista de la pesca debe saber; gracias a estos conocimientos algunos de sus colegas afirmaban que tenía una suerte única, debido a que nunca regresaba con el cayuco vacío. Otros le pedían el secreto para atraer a los peces; él entre risas afirmaba: «queréis que te dé el secreto que yo tengo pa' pescar, pues yo lo que hago es cantar estrofas de cuatro versos, teniendo como instrumento, la improvisación fortuita y que nadie me la quita, a pesar de los lamentos». José Mercedez siempre tuvo una habilidad excep-

cional para manejar las palabras y a través de estas componer versos de una forma espontánea. Era un poeta nato, por lo que a menudo arreglaba alguna décima a petición de un amigo, otras eran producto de la inspiración que la vida le brindaba.

Un día, uno de sus amigos llamado José María, fue sorprendido por un caimán mientras pescaba; dicen que el feroz animal lo tomó por la pantorrilla y lo haló con la intención de arrastrarlo hacia su tumba, y él, en un intento desesperado por salvar su vida, logró soltarse, teniendo para ello que desgarrar la parte posterior de una de sus piernas; lo que él no imaginaba era que el animal no estaba dispuesto a renunciar a lo que creía era su presa del día, por lo que intentó una nueva arremetida y volvió a bogarlo por segunda vez; para su propia fortuna, aquel hombre acostumbraba a usar las uñas de sus dedos pulgares largas y afiladas, así fue cómo, ya casi sin fuerzas y en un último intento de lograr una victoria imperiosa frente a su oponente, el hombre, tan fuerte como pudo clavó sus uñas en el único punto débil del animal: sus ojos; fue de esta manera cómo consiguió que el reptil lo soltara.

La noticia se difundió con rapidez hasta llegar a oídos de José Mercedez, quien al momento salió a casa de su amigo que ya se encontraba siendo atendido por sus familiares.

—Por poco perdéis la vida—le dijo José Mercedez al ver-

lo.

—Hubieras visto cómo quedó él—respondió el moribundo, refiriéndose al animal. Dichas aquellas palabras cayó como dormido.

Un día después, cerca de donde ocurrió el incidente, el animal fue encontrado por otros pescadores: yacía varado en una pequeña playa con sus ojos estropeados, al parecer los peces carnívoros con su asedio lo habrían obligado subir a tierra. Ese mismo día la madre de José María recibió un trozo de filete de cola de caimán.

A los pocos días, mientras las heridas de José María cicatrizaban, el poeta añuu consideró que ya era momento de que escuchara la décima que él le había compuesto a raíz de lo sucedido. Esa mañana temprano y sin avisar, llegó José Mercedez a casa del herido y con él algunos amigos, entre los cuales se encontraban: Calmito, Gaudioso y Tobías. Al entrar al palafito en donde se recuperaba su lesionado amigo, Tobías comenzó a rascar las cuerdas de un viejo cuatro, mientras el consumado cantautor entonaba la que llamó “La décima de José María”

(I)

José María se vio
en los brazos de la muerte,
la providencia o la suerte
o algún santo lo salvó;
por dos veces lo llevó
al fondo del agua iracundo,
se alejaba de este mundo,

con qué terrible agonía,
porque quitarle quería
la vida en cinco segundos.

(II)

Ningún recelo tenía
cuando al agua se tiró,
porque el caimán lo agarró
por debajo en casería,
clamó a la virgen María
para poderse salvar
y al mismo tiempo acatar,
que privándole la vista,
éste no estaba en la lista
pa' la eternidad marchar.

(III)

Que terrible fue esa hora
pa' ese pobre paraujano,
fue Dios que metió su mano
o su madre amparadora,
porque el caimán sin demora
lo agarraba de a continuo,
y ese día le convino
tener esa lucha fuerte,
si es creyente se convence
de creer en el destino.

(IV)

Cosas como esta que cuento
pocas se verán pasar;
de las garras de un caimán
un hombre saliera ileso
y de tierra el rabo seco,
que es el peor enemigo,
y cuando muerde hay peligro
de irnos al cementerio
donde se rinde el imperio
del ricacho y el mendigo.

Al terminar la décima los amigos se acercaron a José María, quien no pudo evitar que las lágrimas vertieran de sus ojos, lágrimas de temor por lo que pudo

haber pasado y de gratitud por estar vivo y tener tan buenos amigos. Él les dio las gracias, en especial a José Mercedez por haberle llevado semejante detalle.

En un pequeño pueblo como el de Sinamaica, era un honor que alguien te arreglara una trova e hiciera mención de tu nombre en sus letras, porque, gracias al poder trascendental que posee la música, dicho nombre se oiría durante mucho tiempo, pasando de generación en generación, y algunas de estas décimas llegaban a oídos de trovadores que habitaban otros pueblos; fue así como la fama del poeta José Mercedez o «Canduchi», como solían llamarlo sus amistades, comenzó su ascenso vertiginosamente. Las muchachas del pueblo lo veían pasar y entre risas y miradas coquetas se decían cosas las unas a las otras. Él las saludaba con cariño, les recitaba algún verso halagador y seguía adelante.

Por su parte el viejo Ismael cada día se sentía más orgulloso de su hijo, y paralelo a ello también crecía su angustia de padre, por esta razón cada que podía, solía aconsejarlo haciéndole ver los peligros, las tentaciones y la responsabilidad que traen consigo la fama y el éxito.

—Nada te llevará tan lejos y tan alto en lo que desees alcanzar en esta vida, como la humildad hijo mío—le decía.

—Tranquilo viejo. Todo está bajo control—respon-

día él con su sonrisa jocosa—, luego le daba una palmada en la espalda y salía con sus amigos.

A menudo Ismael también solía orarle al Dios infinito para darle gracias porque a pesar de que se había llevado consigo a su amada Pascalina, a cambio lo había premiado con un hijo maravilloso, que después de aquel accidente, se había convertido en su razón de vivir. Una tarde mientras ambos cenaban, Ismael le dijo:

—hijo yo creo que ya va siendo hora de que te caséis con una buena mujer y me deis por lo menos un nieto. Estoy seguro que cualquiera de las jovencitas del pueblo estaría contenta teniéndote como pretendiente.

José Mercedez lo miró por un momento y luego dejó escapar una carcajada: —No me digáis que ya te estáis sintiendo viejo de verdad, o acaso estáis echando broma.

—Lo lamento hijo, pero nunca te había hablado con tanta seriedad como hasta ahora.

—Pero viejo, vos sabéis que aún soy muy joven.

—Esa no es excusa—respondió Ismael— José Mercedez, yo no soy eterno; qué más quisiera, pero la verdad es que un día me tocará partir al lado de tu madre y no me gustaría que te quedaras solo.

—Claro que no, cómo vais a decir eso viejo. Vos vais

a vivir mil años.

—Ojalá así sea. Además con una mujer en esta casa, vais a quitarte de los hombros algunos quehaceres, y aunque sé que no te pesan para nada y los hacéis con mucho gusto, una ayuda no te vendría mal—

—Bueno viejo, sabéis que siempre te he respetado y he escuchado cada palabra que me decís, palabras que de forma desinteresada me han llevado y traído con bien cada día que ha transcurrido desde que tengo uso de razón. Esta vez no será la excepción. Te prometo que en cuanto encuentre a la mujer que me robe el aire, esa a quien me nazca querer y ella a mí; ese día veréis casado a este trovador—continuó: —porque no lo pensaré dos veces pa' pedirle que sea mi mujer, y quien sabe, puede que hasta te ayude con ese nieto que deseáis. Pero ahora vamos a comer que se nos enfría la cena.

Hijo y padre sonrieron, pero a pesar de la sonrisa de Ismael algo seguía inquietándole.

Esa noche en su canoa, José Mercedes mientras contemplaba una luna rojiza que parecía emerger de entre las aguas a lo lejos, por un momento recordó la conversación que había tenido con su padre por la tarde. Luego de meditar un momento acerca de ello, llegó a la conclusión de que casi todos sus amigos, que eran más o menos de su edad, estaban casados

y algunos ya hasta hijos tenían. «Ellos han tenido suerte, porque cada uno se ha unido a la mujer que lo hace feliz, en cambio yo todavía sigo esperando a que Dios me envíe la mía» reflexionó.

La rutilante luna llena hacía subir la marea, lo que a su vez ocasionaba que fuese más difícil atrapar los peces, por lo que José Mercedez y su amigo Calmito acomodaron sus esteras de enea sobre el piso de la canoa para recostarse un rato.

—El viejo quiere que busque esposa. Dice que ya estoy en edad para encargarle su primer nieto—confesó a su amigo.

—Bueno todos debemos casarnos algún día. Yo estoy contento porque pronto tendré mi primer hijo—respondió éste.

—Pero si vos ni novia tenéis Calmito—aclaró José Mercedez.

—Ya lo veréis. Después no te sorprendáis mi amigo. Cuando vos vais, ya yo he venido.

Ambos rieron. José Mercedez continuó: —Pero es que no he conocido a ninguna mujer a la que esté dispuesto a consagrarle mi vida entera—

—Yo creo que no habéis tratado a ninguna lo suficiente como pa' enamorarte—

José Mercedez no tuvo más opción que admitir que

su amigo tenía razón; quizá lo que tenía que hacer era comenzar a tratar más a las muchachas del pueblo, algo que no le sería muy difícil debido a que contaba con el cariño de casi todos allí. A menudo escuchaba decir de alguno que otro mayor: «ese José Mercedez es un buen muchacho», por lo que ningún padre le cerraría las puertas de su casa en caso de que él llegara a pretender a alguna jovencita.

«Lo haré, pero no será esta noche» se dijo.

Aquella era una mañana como cualquier otra. Él volvía en su canoa después de una larga noche de pesca, de repente, al mirar hacia la orilla, vio algo que llamó su atención: dos hombres halaban de una cuerda, y en el otro extremo una niña atada de sus manos era forzada a caminar, mientras sus ojos, que apenas podían verse a través de sus cabellos y el cristal de lágrimas, indicaban que fuese cual sea el lugar para donde la llevaban, no era precisamente hacia donde ésta quería ir. José Mercedez pensó en seguir adelante alegando que aquello no le competía, pero al volver sus ojos hacia la escena nuevamente, no pudo evitar sentir compasión por la pequeña y furor contra sus captores.

—¿Quiénes son ustedes, y por qué tratan así a esa niña?—preguntó.

Los hombres al parecer no lo escucharon, así que éste volvió a gritarles, pero esta vez con más fuerza: —¿Qué hacen, y para dónde llevan a esa niña?—

Al igual que la primera vez, ambos parecieron no escucharlo. Enojado ya, José Mercedez saltó hacia la orilla con la intención de enfrentarlos, pero al momento de tocar el suelo, perdió de vista la escena por un instante, y al volver hacia ella, ya los hombres no se encontraban por allí; sólo estaba la pequeña niña aún con sus manos atadas. Él volvió a mirar en todas direcciones intentando ver el paradero de los

dos, pero no pudo observar un solo rastro de ellos. «¿Qué extraño» pensó, luego de un momento se acercó a la pequeña para desatarla, y mientras lo hacía le preguntó: ¿Qué se hicieron quienes te llevaban? La niña sólo lo miró con ojos de gratitud y respondió: «tatijo'u püntajütüin» (sabía que vendrías).

—¿Cómo sabías eso si yo no te conozco?—Insistió él.

—Te he visto desde siempre—respondió la pequeña, antes de salir corriendo.

—¿Por qué te vais? —Preguntaba él. Pensó en seguirla, pero entonces volteó y se percató de que, al momento de subir, no tuvo tiempo de atar el cayuco a la orilla y ahora éste comenzaba a alejarse por la corriente; entonces corrió hacia él, y al intentar brincar hasta la borda, resbaló y cayó dentro del agua.

—¿Qué tenéis Canduchi?—Preguntó una voz a lo lejos.

—¡La niña se va. La niña...! —Repetía él medio dormido.

—Cuál niña, si nada más estamos vos y yo. Aquí no hay nadie más. En ese momento pudo reconocer la voz que le hablaba: era Calmito, quien estaba a su lado con una totuma llena de agua en sus manos.

—¿Qué pasó y por qué me estáis echando agua en la cara?—preguntó José Mercedez.

—Porque empezaste a gritar y no encontré otra forma de despertarte—respondió su amigo.

«Qué extraño; todo fue un sueño» pensó José Mercedes. Era la primera vez que le pasaba algo así.

—Dicen que dormir bajo la luz de la luna llena produce pesadillas—comentó Calmito. Pero José Mercedes sabía que aquello no había sido una pesadilla, ni tampoco un sueño común.

—Mejor olvidemos eso y vamos a probar suerte con un lance, porque de lo contrario nos va a tocar tumbar cocos pa' comer mañana—bromeó José Mercedes.

Calmito asintió y comenzaron a pescar, y mientras lo hacía, no pudo dejar de pensar en la pequeña del sueño; sentía que ya la había visto antes, pero no lograba recordar dónde ni cuándo.

José Mercedes y Calmito regresaron con el alba, alegres como de costumbre. Muchos decían que era imposible andar de mal humor y con José Mercedes a la vez; sus ocurrencias y su optimismo se hacían contagiosos para todo el que estuviera cerca de él.

«Qué vida tan angustiada la de mi amigo Calmito, al ver que su machetico lo amuela y no corta nada...»

Ese era Canduchi.

Después del desayuno, José Mercedez decidió tomar un descanso, y mientras lo hacía, no pudo evitar recordar nuevamente el sueño que había tenido durante la noche. Aún podía sentir vivas las emociones de ese momento, y aunque para él aquello no tenía ningún sentido, no podía quitar ese sabor extraño de su paladar. Pero luego de pensar un rato al respecto, se dijo que quizá Calmito tenía razón al decir que dormir bajo la luz de la luna llena provoca que se tengan sueños extraños.

«Es mejor que olvide eso y descanse un poco» se dijo.

Por la tarde, mientras José Mercedez tarareaba una décima, llegó Tobías en compañía de Luciano y lo interrumpieron para avisarle que Calmito había sido herido en uno de sus pies por una raya de río, y de inmediato salió para casa de su lesionado amigo. Al llegar, ató el cayuco a una raíz de guamo y al momento pudo corroborar lo que le habían dicho: el dolor de Calmito era tan real, que los gemidos y el rechinar de dientes podían oírse desde la orilla. Él acompañó a su amigo hasta que por fin su dolor cesó. Sería más o menos la media noche cuando el joven partió hacia el palafito en donde lo esperaba Ismael. Con paso urgido emprendió camino hacia la canoa que

le aguardaba en el puerto. Era noche de cuarto menguante, de manera que, a esa hora las únicas luces que iluminaban el camino provenían de los apasionados cocuyos que revoloteaban por encima del canto de los sapos, que aguardaban a la espera de que alguno descendiese lo suficiente para engullirlo.

José Mercedez llegó a la orilla y comenzó a desatar la canoa, mas no había terminado cuando de repente, una serie de extraños sonidos comenzaron a invadir aquel lugar; él al oír aquella especie de desreglamentada filarmónica, sintió un escalofrío que le heló desde el estómago hasta sus cuerdas vocales, mientras sentía que los vellos de toda su piel subían por la cerviz hasta aglomerarse en la coronilla. Tan a prisa como le permitieron sus brazos y el canaleta de roble, salió del lugar. Sólo cuando vio la llama del mechurrio (cirio) de aceite de coco que permanecía encendido en el tinglado, el ritmo acelerado de su corazón bajó y el aire que respiraba se hizo menos gélido.

—Un poco más y encaramáis el cayuco en la cocina hijo—le dijo su padre. —¿Por qué venís tan cansado y con esos ojos tan grandes?, no me digáis que viste un difunto—

—Fueron más viejo. Yo creo que era una legión, y cada uno tocaba un instrumento diferente—respondió él, aún con el rostro macilento. Para sorpresa suya, Ismael no pareció extrañado con lo acontecido,

en vez de eso le pidió que se acercase.

—Siéntate que voy a contarte algo que pasó hace mucho tiempo atrás y que tu abuelo un día me contó a mí —le indicó Ismael. —Antes que nuestros ancestros llegaran a este lugar, ya había sido ocupado por una étnica cuyas creencias y costumbres marcarían el rumbo de su destino, como era de esperarse. Cuentan que aquella gente rendía culto a una serpiente gigantesca que habitaba las aguas de este río. Esta criatura era considerada la señora de la abundancia, y era conocida con el nombre de Mateshkewin, que en su legua significaba «Madre del agua»; a ella ofrendaban los cuerpos de sus difuntos, lo cual consistía en cubrirlos con hojas de plátano y luego echarlos al fuego por un buen rato; por último eran arrojados al agua, en donde serían devorados por ella: Mateshkewin. Ellos pensaban que sólo a través de este ritual, podían llegar a la otra vida. También en algunas noches, hombres y mujeres adornaban sus cabezas con flores y plumas de diversos colores para rendirle pleitesía a su señora, y se dice que uno de esos rituales consistía en exhibir a un integrante de la comunidad que hubiese nacido con algún defecto físico; y mientras tambores y otros extraños instrumentos se hacían sonar, estos individuos iban pasando uno detrás del otro, danzando y riendo a carcajadas delante de la desafortunada víctima, a quien luego de ser burlada una y otra vez, se le ataba de manos y piernas para después ser calcinada; pos-

teriormente era arrojada a la corriente en la mitad de la noche, que era cuando se creía que la macabra diosa emergía del agua en busca de sus ofrendas.

José Mercedez no decía una palabra al respecto, y su padre continuó: —con el pasar de los años Mateshkewin fue creciendo cada vez más, y con ella su apetito, por lo que, inconforme con el alimento que recibía, comenzó a salir del agua por las noches para saciar su hambre por cuenta propia. Uno a uno fueron desapareciendo sus idólatras, hasta que una noche, de forma sorprendente un hombre pudo escaparse de su mortal estrujón. El despavorido hombre confesó que su verdugo no era otra más que Mateshkewin, y los demás, aterrados, consultaron a su líder espiritual pidiendo una explicación; éste aseguró que la diosa estaba airada y que si querían ganar su benevolencia nuevamente debían ofrendarle algo máspreciado, como niños y mujeres jóvenes que aún no hubieran conocido hombre, y ofrecer en sacrificio uno cada noche durante treinta lunas; de modo que así lo hicieron. Por poco más de un mes Mateshkewin estuvo agradada, al menos hasta que su voraz apetito volvió a entrar en acción, pero ahora lo hacía frente a una población significativamente reducida. Tanto las mujeres jóvenes, como las que tenían hijos pequeños, comenzaron a huir de aquel lugar, lo que empeoró las cosas. Cada día hombres y mujeres seguían ofreciéndose en sacrificio como una medida desesperada de supervivencia por parte

de los otros, pero nada de lo hecho funcionó, porque, hicieran lo que hicieran, aquel ser a quien un día se le creyera su protectora, ahora los estaba condenando al exterminio uno a la vez. Algunos para sobrevivir habían optado por dormir sobre los árboles, pero la horrible criatura ya no sólo salía por las noches sino también durante el día, disminuyendo el número de habitantes a tan sólo cinco, entre los cuales se encontraba Jütep, quien alguna vez fuera considerado el mejor entre los cazadores, y uno de los que jamás estuvo de acuerdo con dicha adoración, también era éste y su hermano Nomän los únicos que creían en la mortalidad de Mateshkewin. De manera que ambos, junto a los otros tres, idearon un plan para acabar con la infernal sierpe.

En ese momento Ismael tomó un sorbo de café, y luego continuo: —Con el tronco de un erguido mangle y bejuco ovillado, los cazadores decidieron fabricar un enorme arco que dispararía una única flecha lo suficientemente aguda como para penetrar en la escamosa y acorazada piel de la mítica serpiente; mientras que un carpincho adulto serviría de carnada. Los cinco hombres que antes habían pasado a ser la presa, ahora volvían a convertirse en los cazadores. Durante dos días y dos noches aguardaron con paciencia sin desfallecer, pero Mateshkewin permaneció oculta bajo la turbiedad de las aguas. No fue sino hasta el tercer día que la espera terminó. Era luna llena y el río estaba crecido cuando, desde sus aguas

emergió la horrorosa criatura atraída por el crujir de las hojas secas que se quebraban bajo las pisadas del señuelo. Ella procedió de inmediato a devorar a la aterrada presa, pero falló en su primer intento, al parecer su voracidad la había llevado a volverse lenta y más pesada que en otros tiempos, y por tanto, más vulnerable. El piropiro (carpincho) se detuvo un instante para morder la atadura en un intento desesperado por liberarse, y los cazadores conociendo el filo de sus incisivos, entendieron que, el momento había llegado. Sus corazones comenzaron a latir tan a prisa como en su primer día de caza. Ella levantó la cabeza, con sus decenas de colmillos listos para ejecutar su estocada final, pero antes, un latigazo que resonó como un trueno e hizo que los pájaros volaran en bandadas, truncó su afán: el venablo atravesó ambos lados del oblongo cuello, y mientras la cabeza mordía todo a su paso, el resto se fue apiñando a su alrededor, formando un enorme cúmulo que, quebrando ramas a su paso rodó hasta caer por donde había subido y fue arrastrada río abajo por las agitadas aguas. El aleteo de los pájaros que volaban entre las ramas de los árboles cesó, y un silencio inmaculado cobijó aquel lugar, era como si hasta el viento se hubiera detenido a observar lo que ocurría. Sólo los alegres gritos de aquellos valientes que un día creyeron en lo imposible rompieron la quietud.

Al oír la noticia, algunas de las mujeres que tiempo atrás habían abandonado el lugar temiendo por

sus vidas y la de sus hijos, decidieron volver para comenzar de nuevo y dejar todo lo ocurrido en el pasado, incluyendo sus antiguas creencias y rituales, para siempre. Años más tarde la nueva comunidad se desplazó hacia una pequeña isla que dicen se formó a partir de los sedimentos que con el paso del tiempo fueron acumulándose sobre lo que se creía, era la osamenta de Mateshkewin; quizá no haya sido coincidencia que en el centro del islote se alzara un enorme y erguido mangle que podía verse desde muy lejos.

—¿Y por qué se mudaron, en lugar de quedarse en estas tierras? —quiso saber José Mercedez ya más calmado.

—Eso no lo sé, pero de repente fue como una manera de perpetuar la victoria de aquellos cinco valientes guerreros sobre el mal, que ahora yacería bajo sus pies. Y sobre lo que oíste esta noche en el puerto de calmito; de pronto sean los lamentos de aquellas almas en pena pertenecientes a quienes perecieron en tan obscuras fiestas. Ahora vamos a dormir que ya es de madrugada—dijo Ismael.

Pero José Mercedez estaba seguro que no podría conciliar el sueño con todas aquellas emociones palpitando en su pecho y un aguacero de palabras en su cabeza, de manera que, al compás del cantar de gallos, compuso una décima para plasmar lo ocurrido, a la cual dio por nombre “el puerto de Calmito”

(I)

Ahora sí creo yo
que en el mundo salgan muertos,
yo no lo creía cierto,
pero Dios me convenció,
con lo que a mí me pasó
en el puerto de Calmito;
se oían flautas y pitos,
cornetines y tambores,
y aquellos tristes clamores
tan largos y suaveцитos.

(II)

Por estar tan desvelado
me puse a hervir un café,
cuando para atrás miré
y vi a un anciano parado,
tan blanco y desvariado
que me miró sonreído
y un amarillo subido
que empañaba mi color,
de azufre sentí un olor
y le siguió un alarido.

(III)

Al golpe de la oración
noté una luz amarilla,
y vi un padre de rodillas,
tenía en la mano un tizón,
yo le presté mi atención
muy humilde y calladito,
por detrás me salió un grito
de un hombre muy apurado;
todo esto le ha pasado
a Mercedes en Calmito.

(IV)

A media noche sería
cuando vaciaban barriles,
pitaban ferrocarriles
y caminaban tranvías,
una risotá se oía,
un canto con un silbido
del la'o del monte un zumbido,

de palos que se quebraban,
y otros que se quejaban,
con lamentos y alaridos.

La gente del pueblo vivía pendiente de todo lo concerniente a la vida de José Mercedez y cada vez que le sumaba una décima a su repertorio, comenzaban a preguntarse cuándo compondría la próxima; a qué, o quién estaría dedicada; no era casualidad el hecho de que músicos provenientes de otros lugares como El Mojan y Santa Rosa de Aguas, fueran hasta la laguna de Sinamaica a conocer al ya consagrado trovador, a menudo solicitándole alguna composición, a quienes el cantautor cariñosamente recibía con la gentileza que lo caracterizaba.

Una noche de marzo en la que el fuerte viento no había permitido salir a pescar, el Joven trovador en su hamaca se preguntó: «¿Qué habría sido de la vida de aquella niña guajira?»; La última vez que pudo verla ésta iba montada sobre un pollino en compañía de su padre, llevando en sus manos la pequeña canoa que él acababa de obsequiar de parte de Ismael. «De seguro ya es la señora de alguien» pensó.

Lo que José Mercedez no sabía era que, a unas pocas horas de allí, más allá de las dunas de arena y de las lagunas de sal, aquella en quien pensaba hacía preparativos para salir precisamente hacia «Sinamaica».

La sequía había vuelto a arremeter contra la Guajira, obligando al pueblo wayuu a salir en busca del vital líquido. Al oír de su padre que irían hasta el pueblo de los pescadores, Jousü fue la primera en ofrecerse como voluntaria; quizá fuese porque la presión de sus padres respecto al tema del matrimonio había bajado un poco como producto de la intercepción del piache, quien se había tomado la molestia de mandar llamar al patriarca para referirle lo que él creía, y pese al respeto que Wasashi sentía hacia su investidura, había decidido tomar sus palabras en consideración, aclarando antes que, aún no tomaría ninguna decisión al respecto. Pero para un corazón esperanzado, eso era más que suficiente para volver a volar con alas de libertad.

Esa tarde la joven wayuu fue hasta la casa de Jüsii a pedirle que la acompañara en el viaje que partiría en la mañana del día siguiente. —¡Claro que iré! Tú sabes lo mucho que me gusta viajar, conocer otra gente y aprender cosas nuevas— fue su respuesta.

Al caer la noche ya todo estaba preparado para el periplo. —El camino es largo, y si queremos regresar el mismo día debemos partir lo más temprano posible, así que lo más conveniente será acostarnos temprano —propuso Wasashi.

El cardenalito como de costumbre, irrumpió el silencio de aquella madrugada de brisa fresca con su canto alegre, como animando a los viajeros, quienes ya estaban preparados para partir.

—Ya es hora—dijo una voz. Y emprendieron la marcha; delante de la caravana iban cinco de los hombres que más habían transitado por ese camino y detrás de estos, Wasashi y sus hermanos, Jousü con Moju-laachi en sus brazos, y a su lado izquierdo, Jüsii; más atrás, el resto de los viajeros, entre ellos mujeres y hombres; cada quien sobre el lomo de un asno, a excepción de los cinco primeros, los cuales marchaban a caballo.

Un sol rojizo en el noreste hizo que los viajeros pu-

dieran ver mejor el camino y, como consecuencia, hacer más eficiente cada paso. Jousü y Jüsii se turnaban para llevar a Mojulaachi; ellas hablaban a menudo de viajar fuera de la comunidad y vivir cosas disímiles; por eso cualquiera oportunidad de hacer algo diferente de vez en cuando, resultaba sumamente atractiva.

Naco viajaba en la parte posterior de la caravana, esto tras recibir la sugerencia por parte de Wasashi, quien sugirió que era conveniente cuidar las provisiones y los animales encargados de transportarlas. También le cambió su caballo por un asno. Mientras marchaban, Naco intentó varias veces establecer contacto con Jousü, para lo cual se adelantaba con el pretexto de consultarle algo al patriarca, pero cada vez que lo hacía, Jüsii sorprendía con un grito asegurando que acababa de ver algún conejo u otro animal desconocido cruzar el camino unos metros más adelante. Wasashi sabía lo que estaba haciendo Jüsii, pero fingía ignorarlo.

—Vamos a ver qué es Jousü—decía Jousü, mostrando cara de asombro.

Aún era joven el día, cuando a lo lejos los viajeros comenzaron a divisar los hirsutos y espigados cocoteros, que en su balancear por la fuerte briza, parecían acariciar la vastedad de un cielo immaculado.

—Falta muy poco para llegar a la tierra de los pescadores—anunció Wasashi, mientras observaba hacía adelante.

«Cómo cambian algunas cosas» se dijo el patriarca con voz de nostalgia. No era de extrañarse que cada vez que él visitaba el pueblo añuu, a su mente asomaran recuerdos de su padre; fue en su compañía de éste que Wasashi recorrió por primera vez aquellos caminos. «Hay cosas que cambian, y otras que siguen repitiéndose; como si formaran parte de un ciclo interminable de la vida» volvió a decirse, esta vez terminando la frase, para luego darse cuenta que habían llegado a Puerto Cuervito, donde tomarían el agua que habían ido a buscar.

Un joven, que para el momento estaba cerca de allí, vio llegar la muchedumbre y de inmediato subió a una canoa relativamente pequeña, y remando rápidamente, se alejó hacia los palafitos; Wasashi supuso que de seguro iría a avisarle al resto de la comunidad de su llegada. Lo cual resultó ser cierto, ya que unos minutos después comenzaron a llegar otros pobladores, y como era de costumbre, los primeros en hacerlo fueron un grupo de ancianos, por ello no resultaba para nada extraño que ya todos fuesen conocidos por la mayoría de los recién llegados. Luego de arribar, los ancianos bajaron de sus chalupas y acudieron a darle la bienvenida.

—¿Janayaa shii je'e jaya? (¿Cómo están ustedes?) — Preguntó uno de los ancianos añuu.

—¡Anashii waya! (¡Estamos bien!) —Respondió Wasashi. Poco después llegó una canoa cargada de cocos, y unos jóvenes oriundos, después de abrirles un orificio por donde se les podía tomar el agua, lo pasaban a los visitantes. Una vez terminado el refrigerio.

De repente dijo Wasashi: —¡Anayaa süje'e akatsa'a apa'airüin! (¡Todo está muy bien, pero se hace tarde!)—, de manera que unos se dispusieron a llenar los recipientes, mientras que otros se encargarían de subir y atar las chiriguas al lomo de los burros.

—Deje la prisa. La vida es una sola—respondió el viejo Felipito.

—Es que tenemos que regresar. No sé si lo sepa, pero el camino de regreso es largo—respondió Wasashi.

—Así me han dicho, aunque no es necesario que se devuelvan hoy mismo; sí gustan pueden quedarse, y mañana temprano podrían regresar más descansados y sin tanto apuro—insistió el viejo Felipito.

Estas últimas palabras tomaron desprevenido tanto a Wasashi, como al resto del grupo; la idea de pasar la noche lejos de casa no les resultaba para nada tentadora, sobre todo para aquellos que habían dejado a sus esposas e hijos en sus hogares.

—Déjeme consultarlo con mi gente— repuso el patriarca.

Un momento después, y sólo luego de llegar a una decisión unánime, Wasashi les comunicó que habían aceptado la invitación de pasar la noche en la laguna de Sinamaica.

«Hay momentos en los que un hombre debe bañarse con la fresca agua de la humildad y decirle sí a las propuestas de la vida por inusuales que éstas le parezcan» se dijo el patriarca.

Algunos parecían nerviosos, a pesar de haber dicho que sí al momento de decidir quedarse, sin embargo en el rostro de otros, podía verse ese brillo que produce el saber que se está a punto de vivir algo nuevo; esa corriente de adrenalina que al verterse en la sangre dilata las pupilas y hace que el corazón se acelere, tal era el caso de la joven Jousü, a quien le pareció intrigante la idea de pasar una noche diferente. Además, sus anfitriones estaban complacidos con la decisión que se había tomado.

La conversación se prolongó varias horas. De repente alguien dijo: «Ya es hora de cenar».

—El pescado sabe mejor cuando se come recién asado— agregó otro. Y luego de montar en varios botes, partieron hacia el centro de la comunidad.

—¿Dónde vive Anaximeno? —preguntó Wasashi—. Me gustaría llegar un momento a saludarlo.

—Desde hace un año pasó a una mejor vida—respondió el muchacho que remaba—

Wasashi lamentó la partida de su amigo y guardó silencio.

—Es increíble la forma cómo construyen sus casas sobre el agua—comentó Jüsii a una chica que iba a su lado.

—Se llaman palafitos, y uno de ellos será nuestra casa por esta noche—agregó Jousü.

Todos estaban maravillados; en las pocas veces que habían viajado a Sinamaica, únicamente habían llegado hasta la orilla de la laguna; esta era la primera ocasión en la que visitaban el núcleo del poblado. Palafitos que se alzaban desde el agua, plantas acuáticas que pasaban flotando corriente abajo y, a menudo podían verse algunas aves viajando sobre éstas; más hacia el centro: cocoteros, helechos y mangles adornaban aquel acuoso paisaje.

—Estamos complacidos por su hospitalidad—comentó Wasashi, mientras eran recibidos por una multitud.

—Somos nosotros quienes estamos agradecidos con ustedes por haber aceptado venir hasta acá—respondió Felipito.— Ahora vamos a comer porque esto

está muy hablado y el pescado se enfría. Las mujeres comenzaron a servir la comida. El pescado era servido en cucharones de tapara y se acompañaba con “topocho” (nombre coloquial que se le da a un tipo específico de plátano) y una tajada de limón.

Terminada la cena, un hombre llegó cargando una brazada de ramas y las dejó caer cerca de la fogata. —¿Y eso, para qué es?—Quiso saber Jousü.

—Siempre hay que estar preparado para el siguiente día— murmuró Felipito.

Los animales e insectos nocturnos comenzaban su jornada cuando algunos de los convidados decidieron irse a dormir donde se les indicó, mientras que otros prefirieron quedarse compartiendo alrededor de la esplendente hoguera, escuchando a los ancianos añuu contar viejas historias, por supuesto Jousü y Jüsü se quedaron en compañía de Wasashi.

—Ya homenajeamos a los antepasados recordando sus proezas y vivencias, ahora es bueno que vallamos a descansar—dijo el mayor de los ancianos al sentir el fresco viento que precedió la media noche.

«Es increíble todo lo que puede suceder en un solo día» pensó Jousü, quien en un momento había comenzado a sentir curiosidad por saber qué habría pasado con aquel niño de cabellos claros que conoció cuando chica; durante la tarde no había querido preguntar por él para no parecer imprudente, pero

no quería irse sin siquiera saber de él; de manera que ideó una celada: aquella vez el niño había dicho que su padre era el carpintero del pueblo, por lo que de seguro todos allí sabrían dónde vivía. Una visita en la mañana sería más que suficiente para calmar su curiosidad, si es que sólo se trataba de eso y no había algo más detrás de tanta indagación. «Es sólo curiosidad» Se dijo a sí misma, antes de quedarse profundamente dormida.

A la mañana siguiente, y mucho antes que el sol despuntara, ya todos estaban de pie, listos para tomar el agua y emprender el viaje de regreso. Wasashi era fiel creyente del viejo aforismo que afirma: «quien madruga, coge agua clara», de modo que todos llenaron los recipientes que habían traído y los montaron sobre las enjalmas. Felipito, que ya se había levantado, se acercó a Wasashi trayendo dos totumas en sus manos.

—Un poco de café para espantar el frío—le dijo, mientras le ofrecía una de las totumas.

—¡Bienvenido es! —respondió él.

—Deberían esperar el desayuno—volvió a insistir Felipito—, después tomó un trago de café y continuó diciendo: —dicen que es de mala suerte viajar con el estómago vacío. Además usted dijo ayer que el camino de regreso es bastante largo— y antes que el pa-

triarca dijese algo Felipito agregó: —No les estamos pidiendo que se queden para siempre; desayunen todos, y ya después pueden partir más calmados y con el corazón contento.

En el noreste aparecieron unos tenues rayos de luz, y con estos, enjambres de zancudos sedientos de sangre tibia, los cuales eran conocidos como «tarubos». De inmediato llegó el hombre que había traído las ramas la noche anterior y habiéndolas arrojado sobre las brasas, comenzaron a despedir un velo de humo color pálido, el cual cubrió con su dulce aroma todo el lugar. Según afirmó el lugareño, el humo de la albahaca servía para repeler a los sancudos de forma instantánea, por lo que todos se aglomeraron en torno al humarazo.

—Ahora veis por qué te dije que debemos estar preparados para cada día— comentó el anciano, refiriéndose a la joven, con una sonrisa en su rostro de esas que sólo los ancianos y los niños pueden brindar.

—Ya entiendo a qué se refería—respondió ella, correspondiendo al buen gesto.

El anciano explicó que era común que cada mañana, a esa misma hora fueran invadidos por los «tarubos», por lo cual cada tarde alguien se encargaba de cortar aquellos serpollos y ponerlos cerca del fuego para la mañana siguiente.

No transcurrió mucho tiempo antes de que los mosquitos se disiparan por completo, y mientras eso ocurría, las mujeres añuu se levantaron casi que de forma sincronizada, como si ya conocieran el momento exacto en el que los insectos se marchaban.

«De seguro ya conocen su horario» pensó Jousü. Luego le comentó a Wasashi sobre su deseo de visitar el hogar de aquel escultor que años atrás le había enviado la pequeña canoa.

—No quiero irme de aquí sin antes conocer al hombre, que con sus manos, hace tales maravillas— objetó ella.

—Está bien, puedes ir. Me gustaría que aparte de Jüsii, alguien más te acompañe; así estaré más tranquilo—respondió su padre.

—Yo puedo ir señor, conozco muy bien el camino—se ofreció amablemente una joven oriunda.

—En aquella oportunidad yo no pude darle las gracias como es debido—agregó Wasashi—. Llévale mi gratitud y mi respeto.

—Cómo has dicho, se hará padre—respondió Jousü.

—Wasashi, yo las acompaño, así estarán más seguras —afirmó Naco, quien venía llegando en ese justo momento.

—No hace falta Naco, ellas estarán bien. Además

necesito que, mientras, me ayudes con unas cosas aquí—respondió Wasashi.

—Como diga—respondió él—. Venía a decirle que ya todo está en orden, sólo esperamos el momento de partir—

—Ajá— respondió él.

—Acompáñeme un momento. Quiero mostrarle algo ahora que ya salió el sol—invitó Felipito a Wasashi. Ambos salieron caminando, mientras las tres jóvenes, en compañía de Mojulaachi, se encaminaron hacia el hogar del carpintero.

—¿Cómo te llamas? —quiso Jousü.

—¡Doloricia!—respondió ésta.

—¿Y hace mucho que conoces al tallista?—Volvió a preguntar Jousü.

—De toda la vida, es como mi padre—respondió la moza—. En este lugar todos nos conocemos. Además, quién no conoce al padre de Canduchi, el famoso decimísta.

—¿Y quién es ese?

—Se llama José Mercedes, pero por cariño en el pueblo todos le decimos así.

—¡Ah, entiendo! ¿Y qué es eso de decimísta? —Volvió a preguntar.

—Un decimísta es alguien que va resumiendo su vida y la de quienes le rodean en estrofas de versos y música—afirmó Doloricia—. Cada verso tiene un significado, que es lo que le da sentido y autenticidad. Canduchi nació con esa virtud, porque eso es algo que no se aprende. Él afirma que sus composiciones no vienen de su mente sino más bien de su corazón. También dice que cuando está componiendo algún verso, las palabras comienzan a llegarle en su mente como si vinieran de una fuente ajena a él. Muchas veces no sabe siquiera el significado de algunas palabras y no es hasta después que alguien más se lo aclara.

—Y a su esposa, me imagino que también le ha compuesto versos como los que dices—volvió a comentar Jousü.

—Él no se ha casado.

—Entonces debe tener muchas pretendientes—insistió Jousü.

—De seguro que sí, pero él dice que hasta que no encuentre a la mujer que le haga saltar el corazón como pez fuera del agua, no se compromete.

La joven wayuu sonrió.

—Algunas personas nacen con dones únicos—comentó Jousü, como para distraer su propia atención,

y agregó: —yo conozco a un hombre que también tiene un talento excepcional, por lo cual es respetado por toda la gente de nuestro pueblo.

—Yo creo que esas personas que nacen con dones tan extraordinarios, han estado más cerca de Dios que el resto de nosotros—agregó la joven añuu.

—Estoy de acuerdo contigo—confesó Jousü.

—¿Cuánto falta para llegar?—Preguntó Jüsii, quien al parecer no estaba del todo conforme con la conversación, debido a la poca comprensión que podía darle al tema.

—¿Veis ese palafito allá adelante?, Ahí es donde vive—afirmó Doloricia.

Al parecer no había nadie en el recinto; todo estaba en silencio, hasta que la primera de las tres subió y dio el primer paso sobre el piso de varillas y éstas comenzaron a crujir. Cerca de allí, dos cormoranes posaban inmóviles con sus alas abiertas sobre la rama de un árbol muerto que alguna vez fue arrastrado por la corriente hasta allí.

Doloricia explicó que las aves esperaban hasta que el sol ascendiera por encima de las copas de los árboles para zambullirse bajo el agua en busca de peces, y una vez que saciaban su hambre, tenían que volver a asolearse para secar sus plumas. Siguieron caminando por el pasillo que rodeaba el palafito y no vieron a nadie.

—¡Ismael, soy yo, Doloricia. Le traje visita!—gritó la moza—, mientras sus ojos escudriñaban los alrededores en busca de algún indicio de la presencia del tallista.

—¡Adelante. Sean bienvenidas!—se escuchó una voz desde el extremo de un pequeño muelle ubicado al final de unas escaleras descendentes perfectamente alineadas.

El trio de féminas bajó por la escalinata, y al hacerlo pudieron ver a un anciano cuyo color de cabello les recordó la blancura de la sal vista desde lo lejos. En sus manos, un cordel que se extendía hacia el agua.

—Espero que hayan traído la buena suerte con ustedes, o al menos buena carnada, porque la que tengo al parecer fue retirada del menú de los peces que pasan por aquí—comentó el anciano—. ¿A qué debo el honor de tan agradable e inesperada visita?—

—Mi nombre es Jousü y ella es mi amiga Jüsii. Estamos desde ayer por acá y quise pasar a visitar al hombre que hace arte con la madera.

—Me es grato conocerlas. Mi nombre es Ismael. Y esa otra jovencita, ¿quién es? Nunca antes la había visto.

— Usted como siempre con sus bromas padrino

—Las cosas materiales son prescindibles; muchas veces tenemos algo hoy y mañana ya no, pero la alegría es tan indispensable para vivir cómo la comida. ¿Y cómo está su padre?—quiso saber Ismael.

—Está bien. Le envía su respeto y su gratitud.

—¿Y a qué debo su gratitud?—

—¿Recuerda que hace varios años usted le envió un obsequio con su hijo?, en ese momento nos estábamos despidiendo para partir de vuelta a casa—dijo Jousü—. Él nunca le agradeció como debía.

—¡Ya recuerdo!—dijo Ismael, mientras frotaba su barbilla, y continuó: —Hace ya unos cuantos años, un patriarca wayuu vino en compañía de su hijo a visitar mi humilde morada. Luego de conversar un

largo rato, me confesó que estaba necesitando un bastón para usarlo como apoyo al caminar, quizá de ese modo el dolor de su rodilla izquierda desistiría. Hacía pocos días que había sufrido el accidente en donde perdí la habilidad de mover las piernas, no de caminar; porque aun así ando pa' arriba y pa' abajo cómo podrán haberse dado cuenta. Ese hombre me hizo ver que para poder seguir adelante necesitaba poner mi atención en otra cosa que no fuera en mi «desgracia», y créanme, no era nada fácil, sobre todo teniendo en cuenta que mi compañera de toda la vida tenía poco tiempo de haberse marchado con Dios, dejándome un hijo que vino al mundo el mismo día en el que a ella le tocó partir. Para no extenderme tanto les diré que, a pesar de mis cuitas y sin hacer conciencia, le dije al hombre: «sí me da hasta mañana, yo podría hacerle el bastón que necesita».

«¿Está seguro? Le recuerdo que un compromiso se debe respetar», fue su respuesta. Yo por mi parte sentí deseos de retractarme, pero al momento algo dentro de mí hizo que desistiera, y en vez de eso respondí: «pase mañana antes de la puesta de sol que ya se lo tendré listo».

«A esa hora estaré por aquí» dijo él y se marchó, mas no había avanzado mucho cuando volteó y agregó: “Si camino a la contienda, en tu corazón no dudas de tu victoria; habrás dado la primera estocada a tu adversario”. En ese momento no entendí qué me había querido decir con aquella frase, así como tampoco

sabía cómo le haría para cumplir con el compromiso que acababa de adquirir; en toda mi vida jamás hice otra cosa que no fuera pescar, pero le había dado mi palabra a ese hombre y debía cumplirle. De repente recordé que una noche mientras pescaba, encontré un trozo de una madera muy fina y duradera.

Mi amigo Felipito vino esa tarde a traerme algo de comer y aproveché para pedirle que cortara la vara en dos. Debo decir que esa noche no tuve tiempo de juntar los parpados de mis ojos ni un solo momento; tallé sin parar, sin pensar, sin sentir.

Ismael se detuvo un momento para cambiar la carnada de su anzuelo, después lo lanzó nuevamente al agua, y continuó:

—El sol comenzó a verse en el noreste, por lo que la fogata que me había iluminado durante la noche, se volvió prescindible, después bajé la mirada y al observar detalladamente lo que tenía en mis manos, no lo podía creer; en ese momento entendí que la noche en vela había valido la pena: había tallado un hermoso bastón, y en la empuñadura, con mucho detalle, le había cincelado la cabeza de un águila pescadora. Nunca olvidaré esa mañana. Fue allí cuando entendí que Dios me estaba dando otra oportunidad, y aunque el nuevo rumbo era distinto al que había recorrido hasta ese momento, no tenía pensado defraudar-

lo. También aprendí que si uno se compromete con algo, y le pone el corazón y las ganas necesarias para lograrlo, difícilmente fracasará.

—¿Entonces el bastón que mi padre guarda, lo hizo usted? —indagó Jousü.

—Así parece—respondió Ismael—. Gracias a tu abuelo yo pude descubrir un talento que, aunque había nacido conmigo, no fue sino hasta ese día que lo puse en práctica.

Aquella tarde, antes de la puesta de sol y como lo había prometido, el hombre llegó en busca de su cayado; al verlo, y por primera y última vez, vi una sonrisa dibujarse en su rostro. “Nunca dudé de usted”, me dijo. Después se me acercó y volvió a decir: «¿Cuánto le debo?»

«No más de lo que yo le debo a usted» le respondí, luego empuñó mi creación en su mano, y habiendo dado unos pasos, se volvió y dijo: «algunas veces ayudar a otros es ayudarse a uno mismo. De igual forma; cuando una persona actúa tratando de perjudicar a un semejante, de manera irremediable se estará haciendo un daño equivalente, porque nada pasa desapercibido ante la mirada de Ma’leiwa. Quiero que sepa que parto agradecido con usted» Después de decir estas palabras partió y nunca más volví a saber de él, hasta que escuché que su hijo había venido nuevamente a estas tierras. Fue allí cuan-

do decidí enviarle el presente que mencionaste hace un momento.

Jousü suspiró y dijo: —No ha sido fácil lo que le ha tocado vivir.

—Si todo en la vida fuese sencillo, nos iríamos de aquí sin saber en qué consiste vivir realmente—respondió Ismael.

En ese momento tomó el cordel y lo ofreció a Jousü diciendo—: toma, quizá tengáis más suerte que yo.

—No sé hacer eso señor—respondió ella con timidez.

—Con más razón debéis hacerlo; de esa forma podréis aprender algo nuevo mientras escucháis la aburrida conversación de este viejo—, y continuó—: todo lo que se tenga la oportunidad de aprender, resulta provechoso. A veces la vida es impredecible y no se sabe cuándo necesitaremos de ese conocimiento—

—Padrino deme razón de José Mercedez—interrumpió Doloricia.

—Desde ayer que salió a pescar en compañía de Calmito y Luciano no ha regresado. Su canoa necesita mantenimiento y tuvo que vararla para repararle los daños, por fortuna sus amigos aceptaron colaborarle permitiéndole pescar con ellos—respondió.— Ya no deben tardar en llegar. Toma, es sencillo, sólo espera a que un pez tire del anzuelo y luego hálalo hacia ti— insistió Ismael, al momento

que ponía el cordel en manos de Jousü.

Y mientras Jousü intentaba atrapar su primer pez, Jüsii y Doloricia decidieron dar una vuelta por el resto del palafito. Al comenzar a ver todas las piezas de madera tallada que adornaban el lugar, Jüsii quedó conmovida; era la casa más perfectamente adornada que había visto en toda su vida. Desde la pieza más pequeña, hasta la más grande, les eran excepcionales.

«¡Ojalá todos pudieran ver esto!» se dijo para sí.

— ¿Verdad que padrino Ismael es único?— comentó Doloricia.

—Como cada cosa que he visto hoy aquí—respondió Jüsii; no había terminado de decir estas palabras, cuando se escuchó un fuerte grito proveniente desde afuera del recinto. Jüsii y Doloricia salieron de inmediato para ver qué había ocurrido; para sorpresa de ambas, se encontraron frente a una situación en la que no se sabía quién saltaba más alto: si el pescado recién sacado del agua o su captora.

—Casi nos matas del susto—comentó Jüsii.

—¡Miren, lo atrapé! ¡Lo atrapé!—Decía Jousü emocionada, mientras señalaba hacia el pez.

—¡Felicidades! se nota la buena técnica—congratuló

Ismael, mientras quitaba el anzuelo de la boca del pescado.

—Ahora debéis comerlo o regresarlo al agua, y tenéis que decidir rápido, antes que se llene de aire y muera.

—Pobrecito. Siento compasión por él. Mejor lo soltamos—respondió Jousü—, ya más calmada.

—Está bien, pero asado hubiese sido mucho más provechoso—consideró Ismael—, y tomando el pez en sus manos, lo dejó caer dentro del agua nuevamente.

Jüsii se acercó a Jousü y le dijo: —Creo que es momento de partir—

—Sí, lo había olvidado—admitió Jousü—, mientras observaba a la pareja de cormoranes desaparecer dentro del agua.

—Señor Ismael, gracias por enseñarme a pescar—

—No, gracias a ustedes por alegrarme la mañana con su visita—, y agregó: —ahijada, sobre la mesa que está dentro hay algo, ¿podrías traérmelo por favor?

—Toma hija. No creíste que te iba a dejar ir con las manos vacías— ofreció Ismael, mientras ponía en manos de Jousü una pequeña águila de madera con sus alas extendidas—. La hice hace poco. Espero te guste— terminó diciendo el anciano.

Luego de agradecerle nuevamente Jousü, Jüsii, Dolo-

ricia y Mojulaachi partieron de aquel lugar. Iban las tres con paso aligerado, cuando súbitamente se les cruzó en el camino una víbora de cascabel. Casi sin pensarlo, Jousü tomó en sus brazos a Mojulaachi, al momento que retrocedían unos pasos temiendo ser mordidas por el reptil; mientras éste se apilaba en posición de ataque y agitaba el cascabel en su cola en señal de amenaza.

Las jóvenes sólo tenían una opción y era regresar; quizás sí retrocedían, la víbora terminaría alejándose.

—¡No se muevan. Quédense donde están!—se oyó una voz que provenía de delante de ellas.

—¿Quién está ahí?—preguntó Jousü.

—Me llaman el espanta víboras—volvió a decir la voz.

—¿Y qué esperas?, sal de donde quiera que estés para ver qué haces con esta—gritó de nuevo. De repente, por detrás de unas ramas que estaban a la orilla del camino, se dejó ver un joven portando una vara en sus manos.

—¡Es José Mercedez!— exclamó Doloricia.

«No ha cambiado mucho; aunque su pelo luce más claro que cuando era un niño» pensó Jousü, desviando su atención de la víbora.

—Vos como siempre metiéndote en problemas—comentó él, refiriéndose a Doloricia.

—No es culpa de nosotras. La cascabel se nos cruzó en el camino. Mírala, ahí está enrollada donde mismo—dijo Doloricia, asustada.

—Sí, ellas son bravas y muy venenosas, pero sólo muerden cuando se les molesta—comentó el recién llegado.

—¿Y qué esperas para hacer algo? ¿O acaso piensas pasarte el día ahí mirando? —musitó Jousü, aún nerviosa.

—Dios mío, no sé cuál de las dos se ve más amenazante: si esa guajirita bonita, o la cascabel—comentó José Mercedez. Después tomó la caña y agarrando al animal, la llevó hacia unos matorrales.

—Muchas gracias por su gesto de valentía—reconoció Jüsü.

—No fue nada, de todos modos es probable que me hubiese topado con esa cascabel—respondió él.— La sequía hace que los animales dejen sus sitios habituales y se muden hacia las orillas de la laguna en busca de agua, pero la cascabel no viene a por agua, lo que les interesa son las presas, como ratones y lagartos.

—Doloricia, y... ¿quiénes te acompañan?, nunca había visto esas caras por aquí—

—Se llaman Jüsii y Jousü, y son de la Guajira.

Ambas hicieron un gesto con la cabeza, a lo que él respondió:

—¡Bendito seas verano; desde hoy tendrás un amigo en mí, porque gracias a ti hoy mis ojos han visto a quien creía que sólo podía existir en mis sueños!—

La joven wayuu no pudo evitar sonrojarse. «eres como me lo había imaginado» dijo ella para sí misma.

—¡Encantado de conocer tus ojos, tu voz, tu piel, tu pelo y todo lo que eres en esencia!—dijo José Mercedez enfocando sus ojos en Jousü.

—No es la primera vez que nos vemos, ni quiero que sea la última—dijo ella—. imagino que mi rostro ha cambiado con el paso del tiempo, en cambio en tuyo sigue igual que cuando eras un niño.

José Mercedez no respondió nada, y ella agregó:

—¿Recuerdas cómo llegó ese collar de kakunas a tu cuello?—

—Claro que sí; esta prenda me la obsequió un patriarca wayuu. Corrijo: él se la obsequió a mi padre, pero Ismael decidió que era yo quien debía llevarla, y así ha sido desde entonces. Pero no entiendo a qué viene esa pregunta. Claro, ahora comprendo; vos sois la chiquilla, la del sombrero, y la misma de mis

sueños—dejó saber él.

—Sí, era yo quién estaba esa mañana con mi padre. Lo recuerdo perfectamente.

José Mercedez permaneció un momento en silencio, pero en sus ojos podía apreciarse el brillo de la gratitud de un alma llena de gozo, como quien ha pasado noches en vela imaginando una escena y, de repente, la vida casi que de forma milagrosa, te obsequia ese momento.

—Si Dios me diera el poder de saber leer y escribir, les enviaría a decir por escrito en un papel, que no puedo comprender que no exista una palabra, para expresar cuando se ama a alguien sin conocer.

—Ananui kimaajachi (Tu eres poeta)— comentó Jüsüi.

—Algunas veces— respondió el joven añuu, sin desviar su vista de aquella a quien su corazón ya había reclamado.

—Te estamos agradecidas por haber alejado la cascabel—volvió a decir Jüsüi, quien aún no lograba descifrar aquel intercambio de miradas.

Doloricia nos ha estado mostrando el pueblo y debo decir que es muy bonito este lugar, eso a pesar de que haya uno que otro cascabel suelto por ahí—co-

mentó Jousü.

—Me alegra que les guste, y pues yo estoy por aquí pa' lo que se les ofrezca— respondió José Mercedez.

—¡Desde el umbral de mis días, que entre cantos y poesías atrás se han ido quedando, unos tantos de alegría, otros a veces llorando, es ésta la vida mía, la que inició de un pecado; por amor yo pecaría, si es que amar fuera pecado; y con el pasar del tiempo y el transcurrir de los años, evocaré yo este día como el mejor de esos tantos!— Recitó el joven añuu, mientras las jóvenes se ponían a partir.

—Yo creo que debería acompañarnos hasta el puerto. No sabemos si habrán más serpientes por allí. Uno nunca sabe—sugirió Jousü.— Y mientras vamos por el camino, te contaré una historia que mi abuelo me contó hace ya varios años. Comienza más o menos así:

Después de ser creados por Ma'leiwa, la arena y el mar no se conocían y cada uno habitaba en su propio espacio. Pasado el tiempo, la arena estaba cansada de ver cómo cada año el agua caía desde lo alto, y luego sin decir para dónde, se marchaba dejando a plantas y animales sedientos. Un día, indignada por lo que creía era una injusticia, decidió arriesgarse hacia lo desconocido y marchar tras el rastro de aquelpreciado pero irresponsable elemento de la na-

turaleza para exigirle una explicación. Por su parte el mar, cansado de estar en lo profundo todo el tiempo, también había decidido romper con la monotonía y salir a la superficie para observar un poco el mundo exterior y tomar algo de aire fresco.

Casualmente, el viento, que era conocido como el más zumbón de los elementos, como de costumbre merodeaba en busca de algún desprevenido a quien pudiera jugarle una de sus bromas, y al ver al mar emerger, no pudo contenerse y decidió jugársela: de modo que comenzó a liberar fuertes ráfagas encima del agua, encrespando así el espejo de su calma. Al ver lo que ocurría, el mar comenzó a agitarse con ímpetu hacia arriba y hacia abajo, intentando reprender al revoltoso céfiro, ignorando completamente que, mientras hacía esto era arrastrado cada vez más hacia la costa, en donde la arena se había detenido a observar aquel infinito paisaje azul.

El mar, ya molesto seguía luchando contra su impalpable pariente sin prestar atención a su rumbo. La arena se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y se amontonó más cerca de la orilla para no perderse ni un solo detalle. De repente, desde lo lejos una gaviota advirtió al furioso mar de las inmediatas dunas. El mar volteó a ver, pero ya la colisión era inminente; el viento lo había empujado con tanta fuerza que le era imposible detenerse en tan corta distancia, de manera que, con todas sus fuerzas trató de hacer el choque lo más suave posible. El mar se estrelló

contra la arena. Fue así y de forma adventicia, que ambos entendieron que habían sido creados el uno para el otro. Después de aquello, ambos viajaron por todo el mundo disfrutando de su amor y formando playas en todos los sitios que visitaban, y así seguirá siendo mientras los dos existan; por su parte el viento continúa siendo testigo de su unión, visitándolos con frecuencia, mientras los eternos amantes no dejan de agradecerle por lo ocurrido.

«Qué bonita historia» pensó José Mercedez. Mientras los cuatro bordeaban la laguna con dirección al puerto, una nube de polvo se les cruzó de repente en el camino; era Naco montado un agitado corcel, y dirigiéndose a Jousü le dijo: —Ya la caravana partió. Wasashi enfurecido ordenó que nos fuéramos sin ustedes—, dichas aquellas palabras, volteó su atención hacia el joven añuu, y por un momento ambos intercambiaron una serie de miradas, pero ninguno de los dos dijo una sola palabra. Después hizo que su caballo hiciera unas piruetas en círculo y volvió a desaparecer en medio de la polvareda.

—Espero volver a verte—dijo él, dirigiéndose a Jousü.

—Yo también espero verte pronto poeta—respondió ella. Y partieron.

Al llegar a puerto cuervito, si bien ya todo estaba listo para partir, no habían salido cómo quiso hacerles creer Naco. —Tanto que corrimos y aún no han salido de aquí—reclamó Jüsü.

Jüsü no quiso mencionar nada e hizo un gesto a su amiga indicándole que olvidara ese asunto.

—Cuándo irán ustedes a visitarnos?—preguntó uno. Felipito respondió, asegurando que estaba construyendo una canoa que podía navegar sobre el suelo y que, en cuanto la terminara, irían a visitarlos.

—Estoy seguro que será pronto—respondió Wasashi—, mientras todos rieron, todos menos Jüsü, quien a pesar de que su cuerpo viajaba rumbo a Paraguaipoa, su mente y corazón se habían quedado en Sinamaica, junto al joven de cabello claro. Muchos parecían haber disfrutado la experiencia, otros no tanto; al parecer dormir lejos de los que se quiere no les había parecido tan agradable. Wasashi por su parte pareció complacido por la buena hospitalidad de sus vecinos, esto sin contar que, los animales que no traían agua sobre sus lomos, volvían cargados de cocos, pescado salado, plátanos y limones.

De vuelta en su palafito, José Mercedez terminaba

de arreglar la décima que días antes había intentado componer y no pudo continuar al ser interrumpido por dos de sus amigos, pero ahora sí había completado la letra:

(I)

Siendo yo un pequeño niño
Que soñaba con ser grande,
Un día me dijo mi padre
Ve y entrégale a un amigo,
Artero y sabio destino
El que hasta allí me condujo,
yo creo que ningún brujo,
ni el mejor de los profetas,
Imaginarían siquiera
Aquel encuentro de lujo.

(II)

Un ángel de piel canela
Sin aureola y de sombrero;
esa tarde de febrero
conocí mi alma gemela,
desde entonces me camela
a través de su recuerdo,
de vez en cuando la sueño
y despierto pensativo
de su amor vivo cautivo
y eso es lo que no comprendo

(III)

El tiempo siguió imparable
Y el capullo ahora es flor,
Y un colibrí zumbador
Sueña con lo inalcanzable,
Y una abeja que en su enjambre
Se cree dueña del jardín,
Sin saber que el colibrí
Es más ágil en su vuelo
Y cual valiente guerrero
No se rendirá hasta el fin.

(IV)
Ayer se escribió una historia
que más luego comenzó,
y un sabio se equivocó
sin fallarle la memoria;
un ángel perdió su gloria
porque se volvió malvado;
un santo es crucificado
por decirnos la verdad,
y es que si el amor no está,
nada es justo ni es pecado.

—Serán ideas de este viejo, o acaso ese es mi hijo filosofando sobre el amor—comentó Ismael, mientras remendaba una tarraya.

—¿Me creería mi padre si le dijera que su hijo a encontrado a esa mujer a la que está dispuesto a amar toda esta vida y la siguiente?—

—Creería cada palabra porque a lo largo de los años te enseñé que la verdad es una poderosa arma que sólo los valientes poseen—respondió Ismael, y continuó: —de sorpresa me ha caído tan placentera noticia, no sé si bañarme en risas o saltar como canguro, de lo que sí estoy seguro y lo digo con respeto, es que mi deseo más puro, sería conocer mis nietos.

—Viejo ya componéis mejor que yo—respondió José Mercedez, mientras pasaba su mano sobre el blanco cabello de su padre.

—Bueno, dicen que quien se junta con santo, al mes ya hace milagros—Respondió Ismael.

El joven trovador disfrutaba remendar junto a su padre, de manera que tomó una de las agujas de madera y se dispuso sentarse a su lado para ayudarlo, no había colocado la silla, cuando vio a Ismael tomarse el pecho con ambas manos y entumecerse en señal de dolor.

—¿Qué tenéis viejo?—exclamó él, y al momento lo tomaba en sus brazos.

—No es nada hijo. De seguro fue algo que comí. Dame un momento y veréis que se me pasa—respondió Ismael, mientras en su rostro podía vislumbrarse la fuerte molestia. José Mercedez salió un momento para traer algunas hojas que se usaban para preparar infusiones contra los cólicos y al volver unos minutos después su padre lucía más calmado.

—Ya se me pasó. No es necesario que preparéis eso hijo—afirmó éste.

—Aun así te voy a preparar la medicina, y mañana te voy a llevar pa' que te revise un curandero. No es normal que a uno le estén dando dolores repentinos—

Cómo era de costumbre al siguiente día en la tierra guajira, muchos de los que habían participado en el viaje se reunieron con el resto de la comunidad para conversar sobre lo bueno y lo malo que les había

ocurrido durante su travesía; uno de los presentes confesó que mientras viajaba se quedó dormido por un momento ,y cuando despertó, ya estaba tirado en el suelo todo cubierto de polvo. Ninguno de los presentes pudo contener la risa.

Shiakashí preguntó a su hija sobre qué tal la había pasado en el pueblo añuu. —¡Estuvo bien Mmachon!— fue lo único que, con una sonrisa en el rostro consideró que debía decir, y aunque habría deseado contarle cada detalle de lo vivido, no pudo hacerlo; no podía deshonrarla contándole todo lo que estaba sintiendo por el joven añuu, de manera que decidió callar sabiendo que dentro de sí había despertado algo que hasta ese momento no conocía, y por un instante sintió que detrás de aquel camino había dejado un pedazo de su ser, creando un espacio en su corazón que a cada momento se hacía más grande. Fue así que decidió sincerarse consigo misma y aceptar su única verdad: “se había enamorado del joven añuu”

Naco se encontraba pastoreando un rebaño de cabras cuando Jousü se le acercó y le dijo lo que ya éste sabía desde tiempo atrás, pero que se negaba a aceptar: Hoy descubrí un lado de la vida que yo no conocía, y en ese descubrir comprendí que todos podemos elegir; siempre podemos elegir. Yo he elegido ser libre y seguir el camino que me dicta el corazón.

—No entiendo esas palabras. Yo nunca te he visto encerrada para que tú hoy digas que quieres liberarte; liberarte de ¿quién o de qué? Te recuerdo que entre los dos hay un compromiso de palabra. Wasashi empeñó su palabra por ti—respondió Naco, con su rostro enrojecido a causa del sol, o quizá se debía a lo que acababa de oír. Él agregó: —Es mejor que te vayas, que yo esto lo arreglo con tu padre.

—Sé lo mucho que veneras a mi padre, y también sé que eres un buen hombre Naco—aclaró ella. —Yo te veo y te aprecio como al hermano que no tuve; no podría verte de otro modo. Espero lo entiendas y me perdones si acaso alguna vez te hice mal.

Jousü no dijo nada más y se marchó, ella sabía que en algo Naco tenía razón: la palabra que un wayuu da como garantía al sellar un compromiso, es inviolable; así se lo habían inculcado desde niña.

«Nadie hace entrar en razón a un corazón enamorado, así como tampoco se le puede obligar a querer» le había dicho el piache a Wasashi unos días antes.

La noche ejerció su dominio y todos entraron en sus casas. Jousü se acostó sin comentar nada de lo ocurrido. Al día siguiente, como de costumbre, su padre se levantó temprano y, para sorpresa suya Naco lo esperaba de pie cerca de la puerta

—¿Anayaa shije'e pia Naco? (¿Cómo estás Naco?) — Preguntó Wasashi.

—¡Ofendido!— Respondió él, con tono irritante.

—¿Quién te ha ofendido?—volvió a preguntar Wasashi.

—Jousü. Anoche faltó a la palabra que usted me había dado. La palabra de un hombre se respeta y se hace cumplir. Usted me dio su palabra y le exijo que la cumpla.

—Antes que nada te pido bajes el tono de voz, no olvides con quién estás hablando. Entiendo que estés molesto y no quiero justificar el comportamiento de Jousü, pero quiero que sepas que a veces un hombre puede perder la razón que acompaña sus acciones, con sólo elegir mal sus palabras. Además, alguna solución debe haber. Por ahora lo mejor es que te vayas y vuelvas en la tarde cuando estés más calmado—sugirió Wasashi. El hombre accedió y se marchó sin decir nada más, mientras que el patriarca hizo levantar a Jousü para exigirle una explicación respecto a lo sucedido.

—La palabra de un wayuu lo es todo y usted mejor que nadie lo sabe, así que le pido una explicación en este momento—dijo Wasashi a su hija.

—Lo he respetado desde que tengo memoria y lo seguiré haciendo mientras respire padre —respondió

ella.— Nunca quise deshonrarlo, pero usted mismo me ha enseñado que debo defender todo aquello en lo que creo y a ser firme frente a lo que nos perjudique. Soy mujer y muy joven, pero a pesar de eso sé discernir entre lo que me hace feliz y lo que me entristece.

—Con esa actitud el más perjudicado soy yo por ser uno de los garantes de nuestras leyes y costumbres— volvió a decir el león de sabana con tono de preocupación y al mismo tiempo, aunque sin demostrarlo, orgulloso por la firmeza con la cual su hija defendía lo que creía correcto.

—Si valora mi vida y lo que soy, no me obligue a hacer algo que no quiero ni debo, padre —imploró Jousü.

Wasashi calló un momento, y luego repuso: —Veré si puedo hacer algo. Naco es el hijo de alguien a quien yo respeté profundamente, y sé que él a mí también y por ese respeto que hubo entre su padre y yo, le pediré que reconsidere la posibilidad de llegar a un arreglo armónico para ambas partes.

—Gracias padre. Ruego a nuestros ancestros que acepte de buena forma.

—No dé gracias aún, porque esto apenas comienza— concluyó el patriarca.

Por la tarde el patriarca partió en busca de Naco para ver si podía hacerlo entrar en razón; para su sorpresa, al llegar encontró al susodicho hablando con algunos de sus parientes maternos. Wasashi los saludó a todos y pidió ser escuchado.

—Creo que Jousü no está preparada para ser tu esposa ni yo para dejarla ir Naco —dijo Wasashi—. Yo me apresuré al autorizarte para que la pretendieras; fue un error mío, no de ella. Por ello te pido, en nombre del afecto y el respeto que existe entre nosotros y que existió entre tu padre y yo que hagamos las cosas sin desasosiego, de manera que ella pueda ir dándose cuenta de que eres el hombre que necesitará como su compañero. Pero que sea ella quien lo decida.

—Lo respeto a usted y respeto nuestras leyes, por lo mismo le pido que cumpla con la palabra que ya estaba dicha—respondió Naco.

—Yo no estoy faltando a esa palabra, sólo te he pedido algo de tiempo. Apurado nada se hace bien, y no quiero que esto se vaya a convertir en un problema mayor —afirmó Wasashi.

—Antes que usted llegara, hablaba con mis tíos y mi palabrero sobre este asunto, y si usted no cumple van a proceder a cobrarle la falta como es debido—advirtió Naco.

—Si me toca pagar alguna falta; téngalo por seguro

que así se hará—respondió Wasashi.— Yo soy el primero que debe respetar nuestras costumbres, que son las mismas leyes que nos dejaron nuestros ancestros. Y partió.

Al llegar a su hogar, Wasashi mandó llamar a Jousü y le explicó que no había podido acordar nada. También le sugirió que pensara bien antes de dar su próximo paso; a la joven esto le afectó en gran manera; no quería ver a su padre involucrado en un problema, pero tampoco podía retroceder, no ahora que ya el primer paso estaba dado. Lo único que quedaba por hacer era decidirse por una de las dos opciones que le quedaban.

«Quizás haya una tercera y no la he visto hasta ahora» se dijo.

Luego de meditar al respecto, Jousü decidió salir en busca de Jüsü, quizá a ella se le ocurriría algo, sin embargo, antes de irse quiso pasar por Mojulaachi, a quien como de costumbre, había dejado durmiendo bajo su chinchorro, pero al llegar notó que el animal daba brincos de un lado a otro mientras lanzaba un objeto que desde la puerta no alcanzó a reconocer. Al acercarse pudo ver que se trataba de la pequeña águila de madera que aquel escultor añuu le hubiera obsequiado tan amablemente.

El animal al ver el gesto de reproche en cara de su

dueña, soltó la pieza, y mientras ésta la tomaba del suelo y quitaba el polvo, observó que la escultura llevaba una frase grabada en medio de sus alas y que ella no vio sino hasta ese momento: “Taashee” (“libertad”), y era justamente eso lo que deseaba su corazón: «liberarse» de aquella trampa que el destino le había puesto en su camino; de modo que tomó la pequeña águila, la cubrió con un trozo de tela de su manta y se encaminó a buscar a su amiga.

—¿Qué te pasó ahora?— quiso saber Jüsii al verla llegar totalmente consternada.

—Naco piensa cobrarle la falta a mi padre.

—Esa es la ley wayuu Jousü, y él no va a quedarse como si nada frente a tu decisión.

—Yo ya pensé en una solución—sorprendió Jousü a su amiga.

— ¿Y cuál es?—

—Nos iremos con el primer canto de gallo—

—¿Qué cosa? Yo sé que estás desesperada, pero esa no es la salida, en primer lugar no tenemos para dónde irnos, y en segundo, ¿en dónde podrías esconderte y que Wasashi no pudiera encontrarte? Repito, esa no es una opción.

—Sí tenemos para dónde irnos y lo haremos sin decir nada; a escondidas de todos, así no sabrán dónde esta-

mos y, por consiguiente no podrán ir a buscarnos.

—Parece que no conoces a tu padre.

—Conozco a mi padre, y por lo mismo me iré. Dime si vienes conmigo, porque de todas formas me marcharé.

Jüsii volteó sin responder a la pregunta y Jousü al ver su gesto, se dio la vuelta y volvió a su hogar, a la espera del momento oportuno para dejarlo todo atrás y emprender un nuevo comienzo. Creía que por ser ella el motivo de la disputa, si se marchaba también se llevaría consigo el altercado.

Esa noche preparó todo en sigilo, sin siquiera despertar una sospecha, y tal como lo había dicho, justo después de la media noche, comenzó a escribir una nueva e improvisada página en su vida. Apenas había avanzado unos cuantos pasos, cuando de repente vio que alguien la seguía.

—¡Me descubrieron!— pensó. Y cuando intentó escapar empleando una salida veloz, alguien dijo: —¿Acaso piensas irte sin mí? —

Era Jüsii, cargando una mochila en su hombro. Jousü no dijo nada, sólo sonrió y le ayudó a montar el pesado morral sobre el burrito. Juntas partieron bajo la luz de las estrellas veraniegas.

—¿Para dónde vamos amiga? —Quiso saber Jüsii.

—Para la laguna de Sinamaica.

—¿Mamainnüsü pia? (¿acaso te has vuelto loca?).
Mmachon y Taata me van a matar —se lamentó Jüsii.

—Vamos a estar bien, y con el paso del tiempo verás
que ésta es la mejor decisión que pudimos haber to-
mado—afirmó Jousü.

—Eso espero. Ojalá tu fe alcance para las dos.

—Ese hombre paraujano, ¿crees que siente lo mismo
que tú sientes por él?

—Estoy segura que él corresponde a mi amor; lo
pude sentir mientras me hablaba—

Esa misma noche José Mercedez había salido a pescar en compañía de Luciano y Calmito porque su canoa seguía averiada, y mientras levantaban un lance, comenzó a contarle a sus amigos: —Si algún día la ven me van a dar la razón; es la mujer más bonita que verán en sus vidas—

—Así que por fin te nos enamoraste. Bueno, siempre hay una primera vez. Felicidades gran poeta— bromeó Luciano

—Por esa mujer mi corazón se ha vuelto bohemio y desde que no la veo los días han formado una pila de rígidos bloques de piedra a mi alrededor que me mantienen cautivo, bajo la cálida luz de una única ventana que apunta hacia el camino por donde la vi alejarse la última vez— decía José Mercedez en forma de lamento.

—Si nada más hace cuatro días la viste—comentó Calmito.

—Veis que me ha dejado mal; yo siento que han pasado meses desde la última vez que mis angustiados ojos se deleitaron con su presencia. Sólo espero que el viento de la sabana se apiade de mí, y de vez en cuando me traiga el dulce aroma de su presencia.

—Ay compadre, te oigo y no te reconozco. Yo creo que esos mangos que te comiste te afectaron algo allí dentro de la cabeza— agregó Luciano sonriendo.

—Esa guajirita como le dices, es la mujer más extraordinaria que conocerá este mortal amigos míos.

Las aves comenzaron su trinar, lo que indicó la proximidad del alba, y como de costumbre Ismael ya se encontraba despierto aquella mañana, lo que no sabía era que ese día había traído consigo una inesperada sorpresa: al salir hasta el tinglado y mirar hacia la orilla, a pesar de la escasa luz, pudo ver la silueta de dos mujeres que intentaban ponerse de acuerdo en algo, y aunque una se veía bastante apacible, la otra parecía un tanto exacerbadada. El hombre permaneció sin desviar su atención de la escena hasta que se hizo más claro, y fue allí cuando pudo reconocer aquellos dos rostros.

Al momento no intuyó lo que pasaba, pero al acercarse Jousü y preguntar por José Mercedez, Ismael descubrió cómo el rostro de la joven se iluminó al mencionar el nombre de su hijo, también recordó que el día anterior José Mercedez le había contado sobre el encuentro que tuvo con la mujer de sus sueños. Fue allí cuando cayó en cuenta de lo que se avecinaba. Temiendo por su hijo, comenzó a sentir como si una gota de agua helada ascendiera por su espina dorsal.

El anciano de pelo blanco se acercó hasta la puerta

con el rostro pálido y comenzó a preguntar sobre el resto de sus compañeros; guardaba la esperanza de que alguna le dijera que habían vuelto por más agua. Pero Jousü le explicó que los otros se habían quedado en Paraguaipoa. A Ismael se le hacía difícil entender cómo en tan poco tiempo dos personas podían llegar a enamorarse con tal intensidad.

El pueblo wayuu eran conocido por poseer una cultura de hombres valientes y aguerridos, capaces de enfrentarse cara a cara con la muerte en defensa de su honor, y aquella joven era proveniente de una de las familias más respetada de toda la Guajira. Era evidente que su hijo corría peligro quedándose allí. Quizá lo mejor era sacarlo de Sinamaica y enviarlo para Isla de Toas, San Carlos o la Isla de Zapara ese mismo día, allí jamás lo encontrarían. Fue así como decidió guardar todas las cosas en dos baúles y esperar el regreso de José Mercedez para partir.

—Pasen adelante mis hijas. Esta es su casa; no es muy grande, pero sirve como refugio para estar resguardados de los hegenes y tarubos.

Las dos jóvenes pasaron hasta el pequeño tinglado ubicado al lado de la cocina y comenzaron a explicarle las verdaderas razones por las cuales habían llegado hasta allí; Jousü le confesó lo que había estado viviendo por aquellos días, y al finalizar su confi-

dencia, Ismael no pudo evitar sentir compasión por la joven, aunque les aclaró que nada justificaba su forma de proceder.

El sol comenzó a despuntar, y a lo lejos un canto alegre comenzó a oírse. Al bajar del cayuco y ver las dos visitantes al lado de Ismael, los tres quedaron perplejos, en especial José Mercedez.

—Y después dicen que no es suerte—murmuró Calmito, refiriéndose a éste, pero él ni prestó atención al comentario, al parecer no terminaba de creer lo que veían sus ojos.

—Si es realidad lo que veo, Dios me ha hecho afortunado, y si se trata de un sueño, déjenme seguir soñando— dijo él, mientras subía los escalones sin quitar los ojos de Jousü.

—Pero... José Mercedez...

—Sí Calmito. Nos vemos mañana.

—Entonces me llevo la parte tuya también. Gracias, en verdad sois muy generoso— bromeó su amigo. Fue entonces cuando vio que había olvidado subir su parte de la pesca. Tomó los pescados y volvió a centrar su atención en la joven. Sus compañeros se miraron el uno al otro, e hicieron un gesto de ingenuidad y partieron.

—«Señor, sé que te pedí una esposa para mí hijo, pero ahora temo de lo que pueda ocurrir cuando los familiares de esta muchacha sepan que está aquí. A esta hora ya deben estar buscándola por todas partes. Oh padre, en tus manos encomiendo su futuro. No los desampares»—pidió en silencio Ismael

Mientras tanto, en el pueblo wayuu nadie parecía haberse enterado que Jousü y Jüsii habían huido la noche anterior. Sólo cuando Naco llegó buscando a Jousü, Shiakashí se dio cuenta que su hija no se encontraba allí, y al revisar entre sus pertenencias, notó que también faltaba parte de su ropa y el chinchorro que ella misma le había obsequiado el día en que su hija vio su primera menstruación.

—¡Wasashi Jousü Nnojoisü! ¡No está Jousü!—Dijo su madre despavorida, y de inmediato salieron hacia casa de Jüsii, de seguro se encontraba allí, o por lo menos sabría de su paradero. Pero al llegar, los temores se afianzaron: los padres de Jüsii tampoco sabían de su hija, y hasta ese momento habían pensado que podía estar en casa de Wasashi en compañía de Jousü. Entre todos decidieron salir a buscarlas, y para cuando transcurrió la mitad del día, ya habían revisado cada lugar del pueblo y sus alrededores, sin encontrar rastro alguno que indicara el paradero de ambas.

—Fuera de aquí Jousü no conoce otros lugares—afirmó Wasashi

—Sí conoce—respondió Naco.— Conoce el pueblo de los paraujanos. —Y salió hacia el camino que conducía a Sinamaica. Al llegar al sendero, notó que había un rastro de pisadas.

—Son dos personas y un burro. Marcharon hacia allá. Acabo de ver sus huellas en el camino—afirmó él una vez que volvió con los demás.

«No puedo creer que Jousü se haya ido de esa manera» pensó Wasashi.

—Vamos a enviar a alguien para seguir sus huellas hasta que las encuentre, y si están allá, iremos en su búsqueda— afirmó el patriarca.

—No es necesario Wasashi, yo mismo iré—Respondió Naco

—De todos modos llévate a dos de mis sobrinos para que te acompañen— insistió.

Lejos de allí y aún sin saber lo que se acercaba, José Mercedez no podía con la felicidad, y aunque todavía no le hablaba de sus sentimientos a Jousü, su forma de mirarla y de comportarse frente a ella, lo dejaban al descubierto a cada momento. Ella por su parte sólo sonreía mientras el joven se esforzaba por atender-

las lo mejor posible, algo que para ambas resultaba extrañamente agradable; en su cultura era la mujer quien atendía al hombre, no lo opuesto, y esta era la primera vez que veían a un hombre ocuparse de los quehaceres de la casa. En varias oportunidades Jousü intentó levantarse y colaborarle a José Mercedes, pero cada que lo hacía, Jüsii la detenía y en baja voz decía a su amiga que disfrutara el momento.

Después de comer, las visitantes decidieron salir a caminar un momento hacia la orilla, y cuando José Mercedes se disponía a hacerles compañía, Ismael le pidió que se acercarse para referirle algo, al momento que se disculpaba con ambas asegurando que en un momento las alcanzaría.

—Estoy preocupado hijo. ¿Sabéis lo que pasará cuando los padres de esas muchachas sepan que se encuentran aquí?

—Sí viejo, lo sé, y créeme que no quiero provocarte un disgusto. Yo he sido el más sorprendido con todo esto. Jamás imaginé que pasaría algo así. Pero también entiendo que si Dios la trajo hasta mí, es porque así lo quiere y ha de ser lo mejor para todos.

—Vamos a confiar en la voluntad de Dios. Mientras tanto, diles que aquí son bienvenidas y pueden quedarse hasta que lo deseen— respondió Ismael.

Calmito estaba remendando una tarraya cuando llegaron los tres hombres a caballo; al ver sus rostros pudo vislumbrar de inmediato un feroz deseo de venganza. Él permanecía solo, así que los recién llegados desmontaron y sin decir ni una sola palabra, entraron y revisaron la casa antes que éste tuviera tiempo de levantarse del sitio. Los tres se alejaron de la misma forma en la que llegaron, y de inmediato Calmito emprendió camino tan a prisa como se lo permitió la lentitud de sus piernas para poner a José Mercedez al tanto de lo ocurrido.

Los cuatro terminaron de almorzar, aunque Ismael apenas probó de su plato. Y antes que se levantaran, el anfitrión tomó la palabra: —Si un día me levantara por la mañana y tuviera la certeza de que mi hijo ya no estará más conmigo, enloquecería de pánico; porque la vida de un padre, gira en torno sus hijos. Sus padres deben estar desesperados al no saber su paradero, y de seguro han de estar buscándolas hasta debajo de las piedras. Creo que lo mejor será que desde hoy se oculten de día y por las noches duerman en esta casa. Y cuando lleguen preguntando, y estoy seguro que lo harán, trataré de calmar las aguas.

Ellas dieron gracias por la hospitalidad y accedieron a lo que les propuso Ismael. Los tres subieron a una canoa y partieron. No muy lejos de allí a la orilla del río, estaba un frondoso mangle con forma de cam-

pana, cuyas ramas se extendían hasta el agua, convirtiéndolo así en el sitio idóneo para ocultarse en el momento.

—Aquí no podrán vernos—afirmó José Mercedez, cuando de repente recordó que el pollino se había quedado atado en la orilla y por la prisa con la que salieron, olvidaron esconderlo de la vista de cualquiera que llegase allí.

«Tengo que volver y esconderlo, sino todo habrá sido en vano» se dijo.

El joven se devolvió. Y al llegar vio que Naco y sus acompañantes ya habían llegado, y mientras uno de ellos buscaba en los alrededores, Naco intentaba sacarle información a Ismael.

—Dejen a mi padre en paz—advirtió José Mercedez con voz firme.

—No le hemos hecho nada al anciano, pero bueno es que haya llegado el hijo, así podrá decirnos dónde se ocultan nuestras mujeres—respondió Naco.

—Las muchachas están bien, pero ya partieron lejos de aquí—afirmó Ismael.— Llegaron bien temprano y me pidieron prestada una canoa, también pidieron que les dijera a sus padres que van a estar bien y que por ahora no piensan volver.

—Sabemos que están cerca. Y Wasashi les envía a decir que por el bien de todos es mejor que diga dónde se encuentran—exigió Naco.— Yo les doy mi palabra de wayuu que nos las llevamos y no acarrearán delito.

—Ya le dije que ellas no están aquí. Partieron desde muy temprano— insistió Ismael.

—No tengo ni el tiempo ni la paciencia para quedarme a discutir, por lo tanto les advierto que sus actos traerán severas consecuencias para todos ustedes. Así que, aténganse a lo que les viene— amenazó Naco.

—Nadie huye de su casa por nada; alguna cosa mala tuvieron que hacerles para que ambas tomaran esa decisión. No pretendáis culparnos de algo que ustedes mismos provocaron— replicó José Mercedez, cuando los otros ya se disponían a partir.

—Tú no sabes nada cantorcito. No sabes en lo que te metes, porque no sabes de lo que somos capaces los wayuu por defender el honor de nuestra sangre— volvió a decir Naco.

Ismael hizo una seña a su hijo pidiéndole que desistiera de aquella discusión. Ambos se quedaron mirando mientras los tres partían en medio del polvo que levantaban los cascos de sus caballos.

Ya más calmados, hijo y padre pasaron hasta el tin-

glado para conversar sobre lo ocurrido y tratar de buscar una salida amable a aquel dilema.

—Oíste lo que dijo ese hombre: si les decimos dónde están, no tendremos ningún inconveniente con esa gente hijo— dijo Ismael.— Vos sois lo único que tengo en este mundo José Mercedez. No me gustaría verte envuelto en un conflicto que termine consumiendo tu felicidad.

—A mí tampoco me gustaría eso viejo, pero yo amo a esa mujer, la amo desde aquel día en que la vi por primera vez; desde esa mañana. Y si ella partiera, ya no sabría cómo volver a ser feliz.

Después de discutirlo, ambos estuvieron de acuerdo en permitir que por lo menos Jousü se quedara.

—Si vos la amáis y ella también te ama, entonces no habrá voluntad humana que se interponga entre ustedes y su felicidad, porque sería como querer frenar las aguas de este río cuando está crecido— dijo Ismael. Y lo bendijo.

José Mercedez se disponía a partir cuando oyó que alguien gritaba su nombre, volteó y vio que se trataba de Calmito que venía por la orilla, con un ritmo apresurado en su caminar, algo inusual tratándose de él.

—Hay unos hombres buscándote hermano. De segu-

ro no tardarán en llegar hasta aquí— dijo entrecortado por la falta de aire y tomándose de las rodillas.— Ya deben haber salido para acá porque mientras ellos tomaron rumbo hacia los otros ranchos, yo aproveché y me vine como rayo para que no te tomen desprevenido.

—No te preocupes amigo. Ya me encontraron y nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos, al menos eso espero—respondió José Mercedez, bajando la voz al final de la oración, mientras Calmito lo miraba con ojos perplejos.

El joven poeta le agradeció a su amigo y subió a la canoa y, cuando se disponía a partir, Calmito gritó su nombre con tanta fuerza que los pelos se le engrifaron; rápidamente desembarcó, y al subir al palafito, vio que su padre yacía tendido en los brazos de su amigo.

—¿Qué tenéis viejo? —mientras lo tomaba de la mano.

—Estoy bien. Ha de haber sido el desayuno que me cayó mal. Aún con el ceño fruncido.

Entre ambos lo ayudaron a recostarse en su hamaca. Mientras José Mercedez preparaba una infusión, le contó a Calmito que su padre venía padeciendo una afección desde hacía ya varias semanas.

—Hace días que le estoy pidiendo que me acompa-

ñe pa' llevarlo al curandero, y la respuesta ha sido la misma: no te preocupéis hijo, que eso lo cura el doctor arena—confesó José Mercedez con lágrimas en sus ojos.— Ya no sé qué más hacer.

—No puedo dejar al viejo solo Calmito. ¿será que vos podéis ir a buscar a las dos muchachas que están debajo del guamo que está en el carrizo?

—Sí José Mercedez, ya mismo salgo para allá—respondió Calmito.

—¿Cómo te sentís viejo?

Rasgó su garganta. —Me siento como de quince. Vos sois quien se la pasa preocupándose por todo. Cuando uno llega a viejo es normal que a veces estas cosas pasen—

—Vos sabéis que ya te ha pasado varias veces, y cada vez te da más fuerte ese dolor. Quiero que me acompañéis mañana al curandero; él te dirá qué es lo que tenéis.

Ismael guardó silencio y luego volteó hacia la ventana por donde se podía ver el atardecer. José Mercedes también calló y su vista se perdió junto a la de su padre en la puesta de sol.

—Hace unos meses soñé que tu madre venía navegando por allí en una pequeña canoa, y cuando llegó a la mata de guamo, se detuvo. En el sueño yo estaba de pie, así que caminé hacia afuera, y cuando estaba a punto de meterme al agua para ir hasta donde estaba, me pidió que no lo hiciera, afirmando que aún debía quedarme un tiempo más en la orilla. Me dijo que ella nunca se ha ido, que todos los días al salir el sol viene hasta allí pa´ verte cuando regresáis cantando. Yo le volví a insistir sobre ir por ella, pero su respuesta fue la misma. Después dio la vuelta y comenzó a remar, y cuando comenzaba a alejarse,

volteó y me dijo que tuviera calma, que un día no muy lejano, cuando vos estuvieras preparado, vendría hasta aquí para irnos a navegar juntos, y que ese día quería verme puesta una camisa de cuadros que he guardado por años y que sólo usé el día en que vos naciste.

José Mercedez lo miró con ojos confundidos.

—Viejo vos no te podéis ir todavía. Yo te necesito aquí conmigo.

—Hay hijo mío, qué más quisiera yo que quedarme muchos años más. Ver crecer a mis nietos y pasar horas respondiendo todas las preguntas que me hagan mientras les doy cariño de abuelo; inculcarles que deben respetar siempre al hermano mayor, sea hombre o mujer y pedirle la bendición siempre que salgan o lleguen; decirte a cuál de tus ancestros se parecen. Pero la vida es así: a veces el plazo se vence antes de lo que uno quisiera y hay que aceptarlo, no queda de otra.

Los ojos de José Mercedez no pudieron contener tantas lágrimas juntas. Tomó la mano de su padre y se tumbó sobre su pecho. Ismael colocó sus manos sobre la cabeza de su hijo, y comenzó a suavizarla.

—No lloréis hijo mío. Yo nunca te dejaré solo. Quiero que sepáis que estoy orgulloso del hombre que sois: José Mercedez; el gran poeta. Cuyas composiciones le darán la vuelta al mundo. Debido a mi condición

nunca tuve los recursos económicos pa' pagarle a un maestro pa' que te enseñara, por lo menos a leer y escribir hijo mío, y no me alcanzará esta vida pa' pedirte perdón por ello. Pero también te pido que no te aflijáis, te prometo que un día, hasta los más estudiados conocerán el nombre de José Mercedez, sólo hasta entonces mi alma descansará en paz.

—No sé si pueda seguir componiendo después que vos te valláis viejo, no sé, no sé.

—Claro que sí lo haréis. Vos naciste para eso y cuando Dios le da a alguien una misión en la vida como la que te ha dado, no hay mal de esta tierra que pueda matarla.

Los dos lloraron.

Calmito llegó, y con él las dos jóvenes. José mercedez permanecía en los brazos de su padre y al verlos llegar secó sus ojos y se puso de pie. Jousü se acercó y le dio un fuerte abrazo, después volteó hacia Ismael y le preguntó si quizá todo aquello sería por su culpa.

—No volváis a decir eso hija. Ya el pescado estaba en la brasa cuando vos llegaste. Son cosas que pasan y que lamentablemente se escapan de nuestra voluntad—respondió Ismael entre gemidos y casi sin aliento a causa del dolor.

—Ya una vez perdí a mamá viejo y no quiero perder-te a vos también. Yo sé que te vais a poner bien—exclamó José Mercedez.

Ismael calló su vos, y José Mercedez, incapaz de contener la nostalgia, salió decidido a buscar al curandero del pueblo. Pero al llegar a la orilla se detuvo. —«Dios, vos que sois infinitamente sabio y misericordioso, te pido que no te llevéis a Ismael. Pero si éste debe ser el momento de su partida, has que cese su dolor, te lo pido señor»—oró de rodillas.

—Yo sé que no hemos convivido mucho, pero en vos veo un alma limpia, y puedo ver en ella el amor que sentís por mi muchacho, por eso quiero pedirte que me lo cuidéis y lo ayudéis a seguir adelante como el hombre de bien que es— pidió Ismael mientras sostenía con sus trémulas manos las de Jousü

—De eso puede estar seguro. Todo lo que me ha pedido, así se hará— afirmó Jousü entre lágrimas. — Tiene mi palabra de wayuu.

Un llanto desconsolado se oyó desde dentro del palafito y José Mercedez sintió como todo su pecho se comprimía hasta el punto de dejarlo sin aliento, porque en ese momento, su padre había partido, ahora estaba seguro de ello.

Calmito bajó y fue hasta la orilla donde José Merce-

dez estaba en total silencio, para darle la triste noticia; éste se acercó y pudo observar que aquel rostro no se parecía al de su amigo; era la primera vez que veía algo así: su cara permanecía totalmente inexpressiva, en sus ojos no había dolor, tampoco tristeza, era como si su alma hubiese abandonado el cuerpo y se hubiera llevado sus pensamientos y emociones consigo. Calmito se sentó cerca y decidió esperar unos minutos, y cuando comenzaba a preocuparse, su amigo rompió el silencio.

—¿Por qué a mí Calmito? ¿Por qué a mí?— Mi viejo era lo único que me quedaba en esta vida y ya no lo tengo.

—No digáis eso Canduchi. Tenéis muchas cosas por las cuales vivir y seguir adelante. Tenéis mucha gente que te quiere y te admira. Nosotros, que más que amigos somos como hermanos. También tenéis ese mundo de décimas que tanta alegría nos ha regalado. Y ahora también tenéis a una mujer que lo ha dejado todo por vos.

—No sé si podré mi amigo. En este momento desconozco el valor de mi vida, no sé si vale algo o por el contrario, no vale nada.

Jousü salió y pidió a Calmito que la ayudara a vestir el cuerpo para darle sepultura.

—En un momento regreso pa'que sigamos conversando canduchi.

Esa noche casi toda la gente del pueblo vino a darle el último adiós al hombre de las manos sabias. Algunos de los amigos del finado comentaban sobre la dignidad y la valentía con la cual aquel hombre pudo enfrentado la vida aun después de haber perdido una esposa a la que amaba y la capacidad de caminar, y la verdad era que, en casi todos los hogares del pueblo se podían encontrar piezas de madera talladas por sus manos; «si estaba roto y era de madera, él podía repararlo» afirmaba la gente.

José Mercedez por su parte permanecía a un lado de la entrada del palafito sin decir palabra alguna y con ojos de ambulantes, que buscaban incesantes como llenar el vacío que había nacido en su pecho aquel día, mientras en la sala yacía el cuerpo de quien fuera su padre terrenal dentro de un ataúd de madera que él mismo había tallado.

«Al final, en esta tierra no somos más que la suma de todo lo que en vida hiciéramos» reflexionó

Por la mañana temprano en compañía de algunos amigos y conocidos, en medio de la aflicción, el poeta despidió a su padre. Arriba, un frondoso Mangle, y debajo, una cruz de madera se alzaba sobre la tumba. «Es aquí cuando nos damos cuenta de la fragilidad de la vida. Hasta pronto mi viejo. Pronto nos volveremos a ver» dijo para sí mismo.

Ya de regreso en la casa, Jousü y los demás insistieron a José Mercedez en que debía descansar un poco para recuperar fuerzas, pero éste aseguró no necesitarlo.

—No puedo cambiar los hechos; mi viejo ya no está conmigo físicamente. Hoy el dolor tiñe de negro mi corazón, cada respiro es como una espina que me lastima desde adentro. Los recuerdos se hacen más intensos y se roban la escasa fuerza de mi aliento, y siento que si no saco este dolor, mi azotado espíritu mengue como junco fuera del agua. Hoy por primera vez compongo una décima desde una fría y desolada vertiente de tristeza.

(I)

Allá en la tumba sombría
mi padre te sepulté,
yo también pronto me iré
a buscar tu compañía,
en el alma desearía
estar junto de tu lado,
ya que te habéis separado
por siempre en la eternidad,
rodando por la orfandad
solo en el mundo he quedado.

(II)

Tan bueno que fue papá,
tan cariñoso conmigo,
él fue quien me dio el abrigo
después que murió mamá;
que terrible soledad
a Mercedez le dejaste,
ni la bendición le echaste
al tiempo de tu partida,
larga fue tu despedida
cuando al cielo te alejaste.

(III)

No siento tanto tu muerte
como tu cruel agonía,
que pasaste varios días
con aquel dolor tan fuerte,
y no quise entrar a verte
porque valor me faltó,
ya se acabó por quién yo;
a un padre que había amado,
Dios me lo había prestado
y él mismo me lo quitó.

(IV)

Deseo que estéis gozando
en la sagrada mansión,
que terrible es la aflicción
que tu hijo está pasando;
me la mantengo pensando
sin tener conformidad,
pero la fatalidad,
porque es la ley del destino,
coger el mismo camino
es lo que me quedará.

Tiempo después muchos en el pueblo afirmarían que la última cuarteta de “la tumba sombría” habría sido una especie de profecía, en donde el cantautor anunciaba ya su pronta partida. Otros opinarían que José Mercedez nunca pudo superar la muerte de su padre.

Esa gente son casi animales. No tienen leyes y por eso hacen lo que les da la gana; por ese motivo es que nunca estuve de acuerdo con hacer amistad con los paraujanos, porque no son de fiar; le das un poco

de confianza y te escupen en la cara—argumentaba Naco, intentando convencer al resto de los patriarcas de acometer contra el pueblo añuu.

—Naco tiene razón: si pasamos este hecho por alto, tendremos que hacer lo mismo con todos los que vengan después, y si eso llegara a pasar, nuestras ordenanzas y tradiciones pasarían a ser no más que un triste recuerdo. Debemos hacer algo Wasashi—opinó uno de los presente.

Wasashi, quien permanecía en silencio, asintió sobre lo dicho.

—Les dimos confianza y la traicionaron. Salimos al amanecer— fueron sus últimas palabras al respecto.

Esa noche el patriarca se fue a dormir sin decir una sola palabra, tampoco probó bocado; por su parte, Shiakashí sólo quería ver de vuelta a su hija y pedirle perdón por no darle un alto a todo aquello cuando pudo hacerlo, porque estaba convencida de que esa era la única razón por la que había escapado de su hogar.

Era aquella una tierra desconocida; grandes árboles se alzaban a la orilla de todo el camino que, a lo lejos parecía interminable. Wasashi viajaba al trote en su caballo sin saber con certeza hacia dónde se dirigía, cuando de repente, un gran resplandor se posó delante de él. Incapaz de ver hacia adelante, se cubrió los ojos con su antebrazo derecho. El potro se detuvo tan abruptamente que con su otra mano tuvo que aferrarse a la enjalma para no caer.

—¡Escuchad varón la palabra que se os ha enviado!:
—Dijo una voz fuerte y cálida a la vez.

—¿Quién eres, y como me conoces?— quiso saber un perplejo Wasashi.

—Para quien os ha enviado no existen secretos— volvió a decir la voz, y Wasashi al notar que el brillo se hacía más tenue, descubrió su rostro para ver quién le hablaba. Era un guerrero de estatura formidable, su vestimenta blanca irradiaba luz como la luna llena y sus cabellos dorados teñían hasta el viento que pasaba cerca de él. En sus pies portaba sandalias de cuero que indicaban su ajenidad con cualquiera de los pueblos que Wasashi había conocido en el transcurso de su vida, mientras que un rostro inexpresivo y una espada en su mano derecha, cuyo destello enneguecía a quien la mirase, hicieron que todo el coraje de aquel hombre se desvaneciera en un instante.

—No temáis, no he venido a haceros daño alguno; contrario a eso es mi propósito; soy un ángel del señor y traigo a vosotros su voluntad.

—¿Qué quiere Ma'leiwa de mí?

—He aquí que vuestros planes no deben llevarse a cabo, porque, es licito defender la honra cuando hay agravio a ella, mas no es este el caso.

—Alguien se ha burlado de mí, al cometer una falta grave ante nuestra ley y yo estoy obligado a proceder, de lo contrario pareceré débil ante mi pueblo y si me ven de ese modo, ya no me respetarán.

—¿Qué ley puede estar por encima de la que dicta aquel que ha hecho el cielo y la tierra? ¿Acaso hay ley más justa y excelsa que esa? No seáis vosotros como el soldado que olvidó el honor y la libertad y se fue a pelear por orgullo y vanidad.

—Yo soy un patriarca y ante mi familia debo mostrar valor y coraje para mantener su respeto hacia mí.

—Hoy os digo que se necesita más arrojo para perdonar que para ir a la batalla, y si vuestra gente piensan algo distinto a eso, pues entonces es vuestra labor como líder el mostrarles la verdad. También os digo que no es vuestro enemigo ese a quien pensáis violentar; son otros quienes os adversan y vendrán por las posesiones más valiosas que un ser puede tener, porque las riquezas de la tierra se regeneran

y vuelven a vosotros, más los tesoros del alma que se os dan como virtudes, no tienen precio ni valor retribuible, y cuando se han ido, nadie os puede devolveros. Por tanto os doy nombre a vuestros únicos y verdaderos enemigos que os asechan: Rencor, Soberbia y Temor. Recordaos, no hay padre más justo y a la vez más abnegado y seguro que vuestro padre Dios, y si él ha sembrado la buena semilla en buena tierra, ¿qué fruto de su huerto podrá ser inicuo? ¿Y quién sois vosotros para juzgar la mies antes de la siega?, no seáis como la oruga que devora los campos mucho antes de formarse la espiga.

Un verdadero líder jamás busca la guerra, porque, ¿acaso merece el título de padre aquel que lleva vuestros hijos a una lucha sin justificación de la misma? Seguid pues por el camino de la vida y no olvidéis lo que os he dicho, León de sabana.

Al momento el brillo eneguedor volvió a cubrirlo todo, por lo que Wasashi se vio nuevamente forzado a cubrir su rostro para luego darse cuenta que tanto el brillo como aquel ser habían desaparecido. En ese momento despertó bañado en sudor, y sediento. «Solamente fue un sueño» se dijo así mismo, aunque en el fondo sabía que no era así.

El agua permanecía fuera de la casa en una chirigua, de modo que éste salió para beber un poco y lue-

go volver a su chinchorro nuevamente, pero lo que vio al salir terminó por convencerlo de que aquello había sido una advertencia real: todos los hombres que habían apoyado la idea de ir hasta Sinamaica a cobrar con sangre la susodicha ofensa, acababan de llegar, afirmando que una voz los había despertado diciendo que se levantaran y vinieran hasta donde Wasashi, quien necesitaba comunicarles algo urgente.

—Quiero que sepan que no fui yo quien los llamó, pero tampoco estoy sorprendido de que hayan venido a esta hora para acá. Esta noche vino a mí un ángel de Ma'leiwa y me hizo ver muchas cosas que he ignorado, también me dijo que no debemos agredir la gente añuu, porque no son ellos nuestros enemigos.

En ese momento salió Naco que había estado escuchando desde atrás, e interrumpió a Wasashi.

—Cómo que no son nuestros enemigos? ¿Acaso olvida lo que nos están haciendo con Jousü?—

—Te corrijo Naco, Jousü, aunque me duela aceptarlo ya no es una niña, y es ella quien ha decidido irse con ese muchacho que tú dices. Yo sí quiero ir hasta allá, pero no a pelear sino a conocer a ese joven y que arreglemos este asunto por las buenas.

—¿Y qué pasó con lo que estaba planeado?—Preguntó otro de los hombres presentes.

—Eso ya no se hará. Díganme, ¿qué clase de líder sería si los llevara a una batalla provocada por nosotros mismos?. Muchos de ustedes tienen esposas e hijos— dijo Wasashi.— No mis hermanos, no seré yo quien cometa ese error. Quiero que sepan que les agradezco su apoyo, y espero que en el futuro me sigan apoyando de la misma forma para seguir trabajando por nuestra gente, por los hijos que ya están con nosotros y por aquellos que de seguro vendrán más adelante.

—No puede ser que por un simple sueño permitamos que esa gente se burle de nosotros y nos tengamos que quedar sin hacer nada— refutó Naco.— Pues si usted tiene miedo de ir y hacer respetar la casta de nosotros, a mi si me sobra coraje para hacerlo.

—El valor sólo es legítimo cuando ha pasado por encima del orgullo, porque es allí cuando se ven las cosas como en verdad son. Todos saben que yo no acostumbro a sentir temor, pero con Ma'leiwa nadie se juega y como wayuu deberías saber que los sueños deben respetarse— respondió el patriarca. —Tú no quieres pelear por tu honor, lo haces por orgullo. Mi consejo es que desistas de la idea de casarte con mi hija y entiendas que no se puede querer a la mala. Tú quieres pelear porque tu corazón está lleno de soberbia y odio hacia nuestros hermanos añuu. Ahora veo por qué mi hija que tiene un corazón tan bondadoso y noble nunca te quiso. Me duele decirlo, porque siempre te he querido como a un hijo, pero

esa es mi verdad.

Naco guardó silencio, y al ver que ninguno de los presentes apoyó su causa, partió del lugar.

En Sinamaica las cosas volvían a la normalidad. José Mercedez parecía haber comenzado a aceptar la partida de Ismael y ya hasta había vuelto a hablar del futuro, y en gran parte esto se debía al apoyo que Jousü le estaba brindando; cada día la joven se levantaba temprano y hacía todas las labores en compañía de Jüsii, quien solía pasar horas escuchando y compartiendo historias con Calmito. Cada tarde los cuatro se sentaban a la orilla del río y entre bromas, juegos y chistes olvidaban sus angustias.

—¿Anayaashi je'epia? ¿Cómo te sientes?—Quiso saber Jousü una de esas tardes.

—¿Alguna vez le han dicho que es la mejor mujer de todas y la más bella que ha podido nacer en la Guajira?—preguntó José Mercedez.

Jousü sólo sonrió y agachó la cabeza, mientras el color café de sus mejillas se hacía más oscuro.

—Yo le he visto en mis sueños, y mucho antes de que llegara a mi vida, mi corazón ya la amaba— confesó José Mercedez. —Ahora lo sé, como también sé que es usted esa parte de mí que por años necesité en silencio y hoy por fin la vida se ha apiadado al traerla a mí nuevamente cuando un fragmento importante de mi mundo ha tenido que desprenderse. Usted ha llegado como

complemento para llenar ese penoso vacío. Ruego al Dios del cielo que me permita envejecer a su lado y que el ocaso nos encuentre a los dos juntos; que no sea nuestra vida como aquel sueño en el que fui despertado antes de ver el final, pero que hoy vivo día a día.

—Mi vida, mi corazón y todo lo que soy ahora te pertenecen. ¡Ta'laülaichipa pia too lo kai! (¡Ahora te pertenezco varón!)—respondió Jousü.

Y así, dos amores que nacieron lejos uno del otro, ahora como dos imanes opuestos se unían para formar un solo elemento; dos corazones que sincronizan sus latidos como el galopar de dos corceles que halan de un mismo carruaje. Esa noche el poeta y la joven wayuu se amaron bajo la mirada lumínica de millones de testigos, que desde el firmamento recordaban una vez más, por qué el creador, de todos los mundos existentes, eligió el nuestro como su hogar.

El resoplo de un potro despertó a los amantes; rápidamente José Mercedez divisó por las entrelazadas hebras de enea que cubrían las paredes del palafito de quién se trataba. Le pidió a Jousü quedarse en silencio hasta que él volviera, ella sin embargo afirmó que debía salir. pero José Mercedez insistió en que esperara por lo menos hasta que pudiera constatar las intenciones de los que aguardaban afuera aún sin desmontar.

—Buenos días, ¿en qué puedo servirles?—preguntó José Mercedez al salir.

—Venimos a ver a mi hija y de paso aclarar algunas cosas— respondió el patriarca, con rostro inexpresivo.

—Venimos en paz joven. No tema, y dígle a mi hija que salga un momento— pidió Shiakashí, mientras el resto guardó silencio.

Jousü salió, y al verla su madre bajó del caballo, y con lágrimas en sus ojos la abrazó como sólo una madre puede hacerlo.

¿Anayaa süje'epia taachon? (¿Cómo has estado hija?)
—Preguntó ella.

—¡Anasü Mmachon! ¡Bien mamá!—Respondió Jousü.

Wasashi desmontó y también se acercó a Jousü.

—¿Vienes a buscarme taata? —preguntó ella.

—Hoy no hija. Hasta hace poco esa era mi intención, pero Ma'leiwa hizo que viera la verdad— respondió Wasashi, luego se volvió hacia José Mercedez y dijo: —El marido de mi hija, también es mi hijo, y entre hijos y padres no deben existir diferencias, únicamente respeto y cariño. Así que, acérquese.

José Mercedez, que en principio pensó que de seguro venían a agredirlo de alguna manera, entendió que había estado equivocado y sin decir nada se acercó al círculo familiar y se presentó ante su nueva familia.

Jüsü, que había permanecido dentro del palafito, al ver aquel desenlace bajó y fue hasta donde estaban los demás incluyendo sus papás, quienes después de darle el merecido regaño, le reconocieron lo leal que había sido con su amiga en aquella travesía.

José Mercedez montó en su canoa con el corazón inundado de felicidad y salió con la intención de invitar al casorio formal a sus más allegados. Al poco rato volvió, y con él Felipito, Gaudioso, Calmito, Celestino, Tobías, José María y Luciano, quienes lo acompañaron en la ceremonia en donde Wasashi y Shiakashí le concedieron su bendición a los enamorados; después de esto los recién llegados se dieron la oportunidad de compartir un rato con el nuevo integrante de la familia, quien quedó comprometido

en visitarlos en los días siguientes. Poco antes del atardecer partió Wasashi y Shiakashí junto al resto de los visitantes, pero antes de dejar atrás a los consortes, la feliz suegra los abrazó a ambos y los felicitó por tan bonito hogar. Jüsii se tuvo que despedir de Calmito, explicando que debía irse, pero estaría viniendo cada vez que le fuera posible.

Cinco meses habían transcurrido desde que José Mercedez prometió visitar la guajira, sin que éste pudiera ir. Una mañana se levantó y pidiéndole a su mujer que alistara unas cosas, partieron con rumbo a Paraguaipoa. La visita duró dos días, en los cuales Jousü aprovechó para mostrarle a su Marido cada lugar del pueblo. También lo llevó a conocer su sitio favorito: un jagüey rodeado de frondoso olivos.

—En este lugar pasé los momentos más felices de mi niñez; aquí disipaba mis tristezas y contaba mis alegrías, por ello este viejo jagüey me conoce mejor que nadie— confesó ella.

—Si este jagüey pudiera hablar de seguro sería mi mejor amigo, así podría contarme todos los secretos de mi amada— bromeó él, mientras la tomaba en sus brazos.

Los dos días transcurrieron rápidamente y la pareja tuvo que partir de vuelta a su hogar, y habiendo llegado a Sinamaica, José Mercedez recibió una noticia que al momento de oírla quiso decir tantas palabras, que no pudo pronunciar siquiera una: «En seis meses serás padre» le había confesado su esposa.

«Yo no estoy preparado para ser padre. Pero estoy seguro que ningún hombre lo ha estado hasta que el momento le llega. Y no es por falta de amor a mi hijo, quien ya ocupa un lugar en mi corazón, es más bien temor de no hacer las cosas bien frente a esta nueva y grande responsabilidad» razonaba él en silencio.

Una noche mientras el poeta dormía, el milagro de la vida volvió a hacerse presente. Era un varón, un niño al que ambos decidieron llamar Bartolomé. La partera lo cargó y lo dio a su padre, quien en medio de su deleite, no pudo evitar recordar a Ismael; su padre alguna vez había soñado con ver a su primer nieto y cargarlo en el seno de sus brazos. «Te prometo que me esforzaré por darle una buena educación viejo. Bartolomé será un hombre de bien, así como vos lo fuiste».

Al día siguiente por la tarde José Mercedez fue hasta la tumba de su padre para contarle lo acontecido, y ya de regreso cantó al pequeño Ismael una décima a la que él llamó “Mi más hermosa poesía”

(I)

Como un milagro del cielo
ha llegado a nuestras vidas,
como luz que no encandila
sino que da vista al ciego.
Eres sublime destello
que se posa en la penumbra,
como lucero que alumbra
tan cerca en la lejanía,
díganme quién lo diría;
tan inmenso y tan pequeño.

(II)

Bajo una noche sin luna
te he visto venir al mundo,
por el viento y su murmullo
salpicaba la laguna;
yo impregnado de ternura
como en una fantasía;
nunca olvidaré aquel día
en que feliz vi llorar

y comencé a vislumbrar
mi más hermosa poesía.

(III)

Quería decir tantas cosas
que al final no dije nada,
y es que esa inocua mirada
me llenó de mariposas,
pálidas y temblorosas
te sostuvieron mis manos;
y creo que todo cristiano
que a su hijo vio nacer,
de seguro va a entender
que no existe amor más sano.

(IV)

La décima es el lenguaje
con el que expreso mi vida,
como cristo y su doctrina,
como el trinar y las aves;
somos dos inseparables
sin ninguna diferencia,
pues quiero que sea mi herencia
cuando parta de este mundo,
y que digan con orgullo:
Dios bendiga al gran poeta.

Esta última décima sellaría la breve carrera de un joven añuu, que a pesar de sus limitaciones académicas y su corta edad, llegó a convertirse en uno de los decimistas más reconocidos de la época. El 25 de abril de 1953, poco antes de su cumpleaños número 34, fallece el joven trovador José Mercedez Fuenmayor en un pequeño asentamiento conocido como “La rosa”, ubicado a pocos minutos de “La laguna de Sinamaica”. Familiares y amigos lloraron su partida como se llora a un grande cuando nos deja. Y sus ri-

mas, que aún se oyen en noches de parranda, hacen que nos preguntemos, qué sería de este mundo si muchas de las personas más talentosas no hubieran tenido que partir tan prematuramente.

Después de aquella partida Jousü intentó dejar Sina-
maica y regresar a su hogar, pero los pobladores año
rogaron que no lo hiciese asegurando que, ella había
sido enviada a la vida del poeta para que su semilla
no muriera. La joven wayuu terminó desistiendo de
su idea de marcharse; no podía irse y privar a su hijo
del cariño sembrado por su padre en los corazones
de quienes lo conocieron y del cual él era heredero.
El tiempo habló y confirmó lo que muchos augura-
ban. Pero esa es otra historia que aguarda allí, hasta
ser contada.

*Dicen que por los caminos que hoy circundan Sina-
maica, sobre las aguas del río se ve una canoa blan-
ca; un anciano al canaleta y un joven que en proa
canta una décima exquisita que no tribula ni espanta.*

Este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** y posterior edición en Impresión Bajo Demanda, el día 10 de enero de 2019, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; el mismo día pero del año 1801, que naciera en Los Puertos de Altagracia, el General José María Escolástico Andrade Pirela (murió en Maracaibo el 22 de agosto de 1876) quien fuera un destacado militar y prócer de la Guerra de Independencia Suramericana

www.sultana.com.ve